

JUAN DE LA COSA



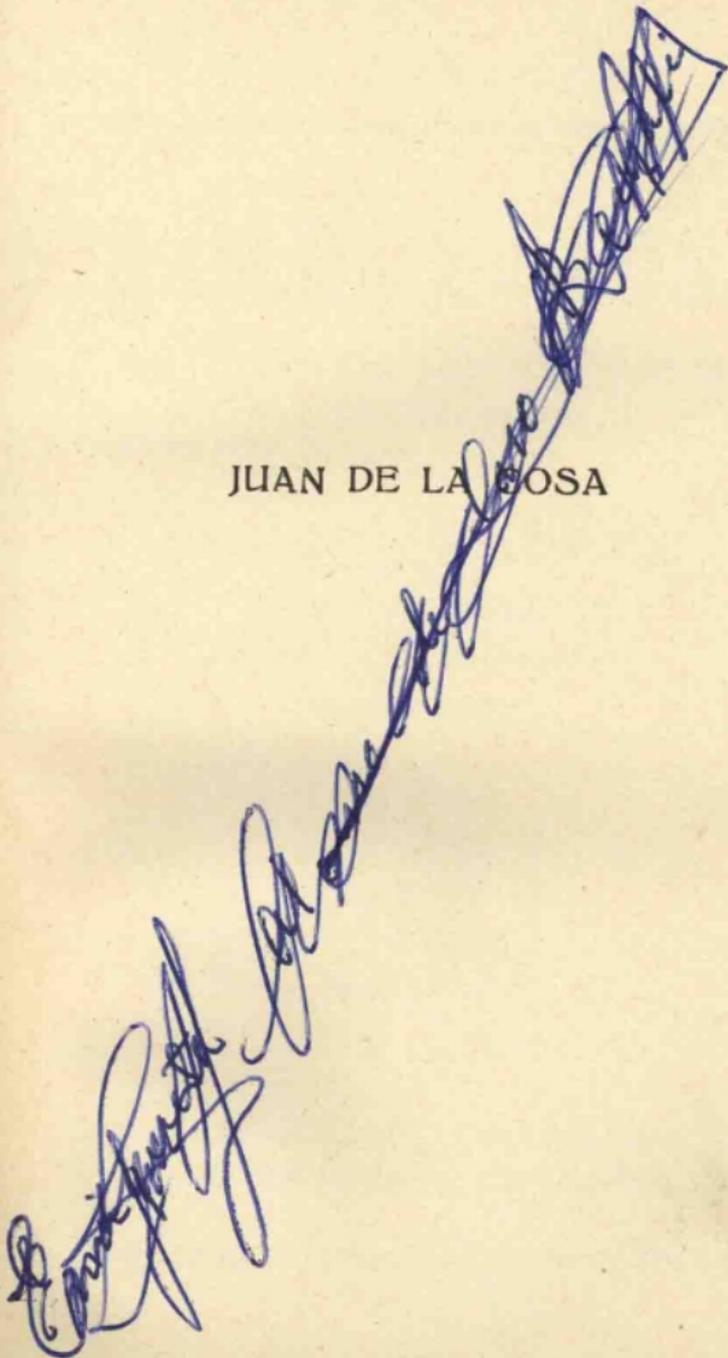
PAGINAS BRILLANTES







JUAN DE LA ROSA



A large, highly stylized and illegible signature in blue ink, written diagonally across the page. The signature is composed of many overlapping loops and flourishes, making it difficult to decipher. It appears to be a personal or professional name, possibly related to the printed name 'JUAN DE LA ROSA'.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PAGINAS BRILLANTES
DE LA HISTORIA

JUAN DE LA COSA

NAVEGANTE, CARTÓGRAFO
Y EXPLORADOR

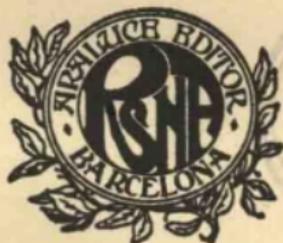
POR

MANUEL VALLVÉ

Ilustraciones de

J. DE LA HELGUERA

PRIMERA EDICIÓN



PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Talleres Gráficos AVANTE, Villarroel, 12 - Barcelona - 1935

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i>	7
I.— <i>Los viajeros</i>	11
II.— <i>Ojeada retrospectiva</i>	23
III.— <i>A los piés del trono</i>	33
IV.— <i>Un plebeyo embajador</i>	53
V.— <i>Precursores de Colón</i>	67
VI.— <i>Luchas contra los indios</i>	83
VII.— <i>La tragedia</i>	99
VIII.— <i>El Mapa de Juan de la Cosa</i>	119

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Isabel la Católica, recibe a Juan de la Cosa. FRONTIS.

	<u>Págs.</u>
<i>.. tres jinetes subían a buen paso...</i>	11
<i>—Bienvenido, don Juan de la Cosa—...</i>	35
<i>—¿Qué beberá el galán?— preguntóle</i>	48
<i>—Hablad—dijo lacónicamente.</i>	62
<i>Estos se defendieron y se entabló...</i>	77
<i>Salió un surtidor de fuego...</i>	90
<i>Y cogiendo una roca colosal</i>	95
<i>Huye... hermano... y que el Señor...</i>	116

PRÓLOGO

Es tan abundante en España la lista de hombres heroicos o famosos por su ciencia, que nos hemos permitido el lujo de olvidar a muchos, pero, que, de haber nacido en otras naciones, en donde estas virtudes y esos ejemplos son más escasos, andarían en boca de la Fama y aun nosotros mismos, sugestionados por las alabanzas ajenas, llegaríamos a creer que, en efecto, eran dignos de esa celebridad y de otra mayor todavía. Pero en España, ya lo hemos dicho, las cosas pasan de otra manera y en eso no obramos bien. Si fuésemos más justos, quitaríamos el polvo en que yacen enterrados mil hombres dignos de ser exaltados y les devolveríamos la celebridad a que son acreedores. La historia de España, la de la humanidad, exige no dejar en el olvido la larga serie de varones insignes que realizaron proezas nunca vistas ni oídas en la tenaz conquista y cristiana colonización de América. No deben causarnos tanta admiración y complacencia otros héroes de distintas naciones, que, las más de las veces, no son sino perfectos bandoleros,

piratas despiadados y desprovistos de toda noble cualidad o prestigios falsificados que se quieren hacer pasar por legítimos.

Muchos serán, probablemente, los lectores que se enteren por vez primera de la existencia de Juan de la Cosa, esclarecido hijo de Santoña, provincia de Santander, mas si tienen la paciencia de leer las líneas que siguen, podrán convencerse de cuan injustamente ha sido olvidado. Y como le ha ocurrido a este hombre ilustre, otros muchos se hallan en el mismo caso, a pesar de los esfuerzos que se hacen constantemente por sacarlos del olvido en que inmerecidamente se les dejó durante varios siglos; esta es una de las tareas a que se dedica la presente Biblioteca.

Por culpas ajenas y antiguas, es evidente que muchos de aquellos héroes que realizaron gestas asombrosas, están ya tan muertos como si nunca hubiesen nacido... y su obra está en pie, es la admiración del mundo entero, aun de los más envidiosos, pero sus nombres han desaparecido ya para siempre, de entre nosotros.

Sería difícil, por otra parte, referir sus gloriosas aventuras. Puede decirse sin exageración que cuantos fueron a las Indias en la época de los conquistadores eran verdaderos héroes. De lo contrario no habrían sobrevivido una semana. Pero de los más, como se comprende, no existen datos históricos, o sus actos

quedaron mezclados y confundidos con los de sus jefes, y esta es la razón de que no se les puedan tributar los honores que, de haber sido más afortunados, alcanzaran.

Juan de la Cosa, autor del primer mapa-mundi, trazado precisamente cuando trabajo anterior alguno podía orientarlo, fué un hombre de ciencia, que quizás valía más como sabio que como navegante o colonizador, aunque lo fuera muy notable, pues acompañó a Colón en su primer viaje, y quien sabe, sin sus luces, aquel no hubiera llevado a cabo su empresa. Pero aun así en cualquier concepto en que se le estudie, aparecerá como personaje eminente que se adelantó al estado de la ciencia cartográfica de su tiempo y que, gracias a sus numerosos viajes, contribuyó a que fuese conocida la América que se pobló y se civilizó ya en los primeros tiempos siguientes a la conquista. Su valor igualaba a su serenidad, sus méritos a su modestia. Fué un precursor, y gracias a su ciencia y sacrificios, fué posible la colonización, civilización y gobierno del Nuevo Mundo.

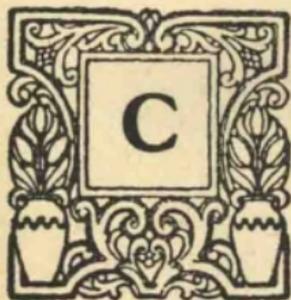
Y como resumen de las consideraciones generales que antes hemos hecho, queremos señalar un punto de la mayor importancia. Para la mayoría de las naciones, América fué la válvula de escape de sus elementos sociales poco deseables, lo que rebotaba y había que de-

purar, y tanto tiempo soportaron, en tanto que España vertió en el Nuevo Mundo lo más florido de sus hombres, tanto desde el punto de vista científico como militar, civilizador y colonizador, experimentando una sangría que influyó en su desenvolvimiento futuro, pero forjó esa espléndida América, de ochenta millones de seres, que serán en el futuro factor decisivo en los destinos del mundo.

Leed, amiguitos, quien ayudó a esa obra gloriosa.

M. V.

LOS VIAJEROS



CORRÍA el mes de marzo del año mil quinientos tres. Aun cuando la Naturaleza parecía remozarse con la primera sonrisa primaveral, el frío era aún bastante vivo, y soplabá un vientecillo sutil y traicionero que cortaba el cutis.

Era a la caída de la tarde, y tres jinetes subían a buen paso la peña enorme, cortada sobre el valle, en cuya cima se levanta la ciudad de Segovia.

Contemplada la urbe desde allí, parecía una ingente nave, con el alcázar por proa, las torres de los templos por arboladura, y el acueducto por puente.

—Más frío hace aquí que en Tierra Firme — decía uno de los caminantes—. Dura noche se nos prepara.

—Bien dices, *Pintado* — dijo el que cabal-

gaba a su lado—. Con más gusto me viera por allá que en estos lugares.

—Nos hacemos viejos, amigo — contestó el que primero había hablado.

—No culpes a los años sino a nuestro pícaro cuerpo, que se acostumbra demasiado pronto a la regalada vida. De permanecer aquí unos meses, resistiríamos el frío como nos resultaba grato el sol de las Indias.

—Nos acercamos ya a las puertas de Segovia — dijo el jinete que iba de avanzada—. ¿Sabéis de una buena posada?

—No, mi señor don Juan — dijo el *Pintado*—. Bien sabe vuesa merced que no soy de estas tierras ni sé cosa alguna que a la mar no se refiera.

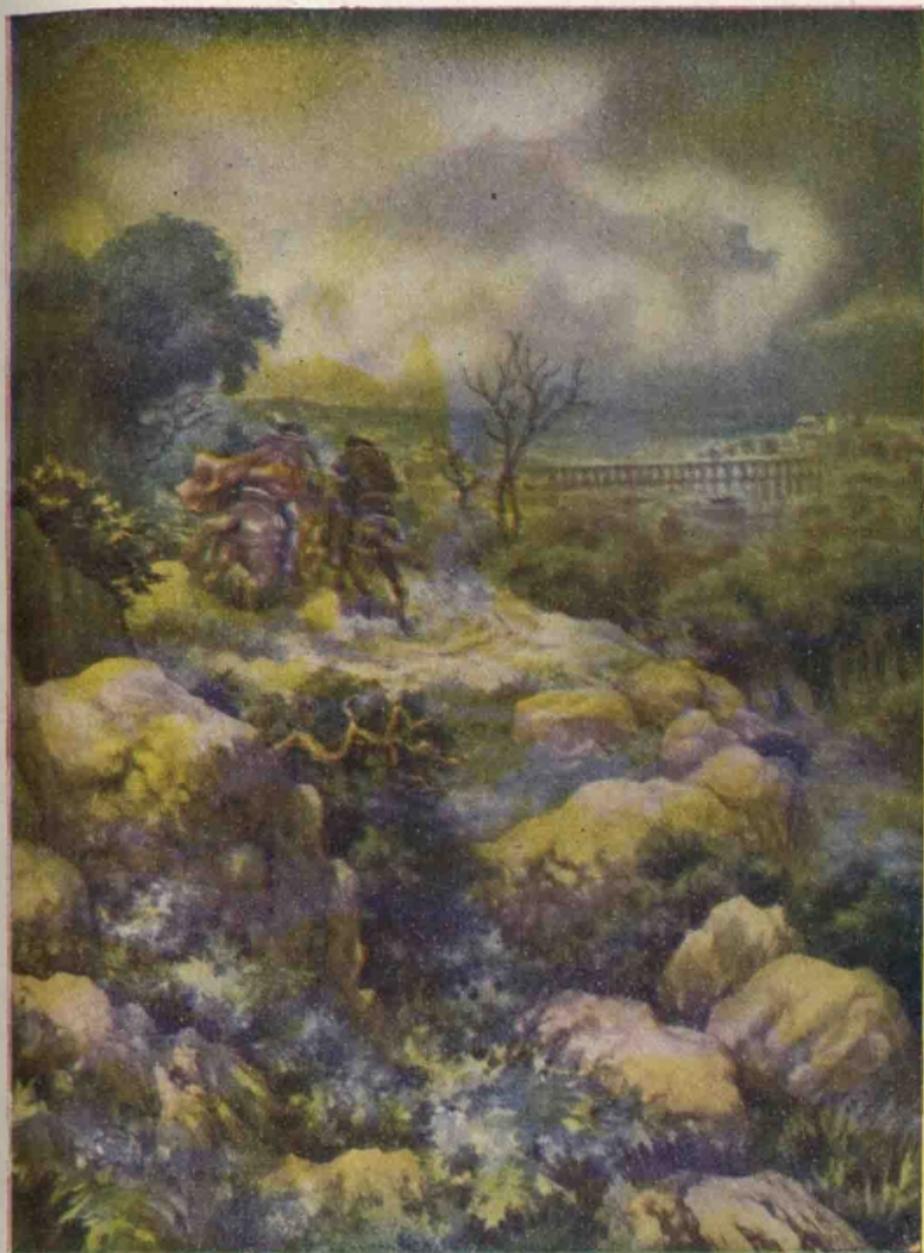
—Pues sigamos adelante. Ya preguntaremos.

Los jinetes siguieron cabalgando y entraron en la ciudad por la hermosa puerta de San Martín.

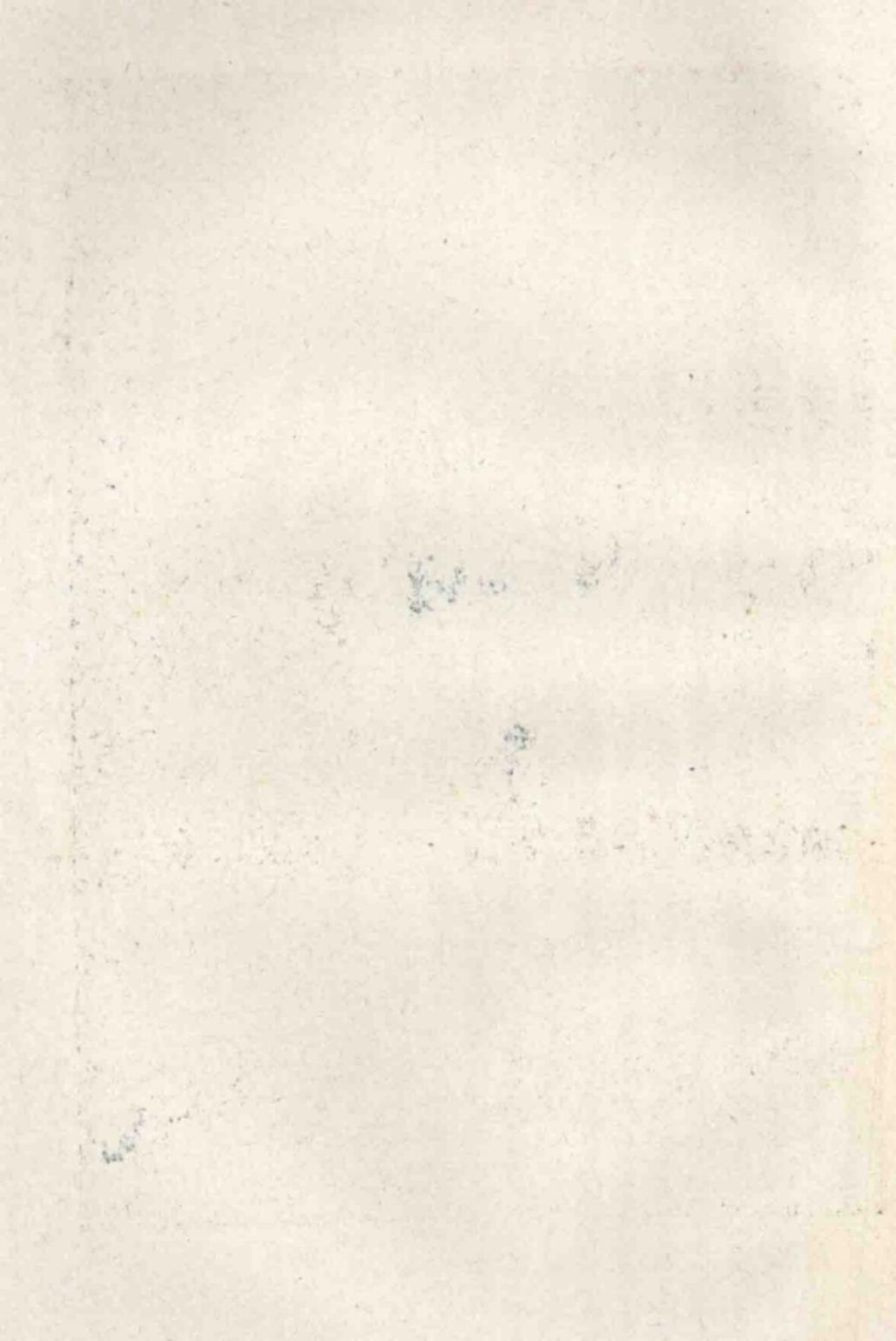
Al llegar a una plazoleta se cruzó con ellos un hombre del pueblo.

—Buen amigo — dijo el caballero que iba delante—, ¿podríais decirnos de alguna buena posada, donde sirvan como Dios manda?

—*La Segoviana*, señor — contestó diligente el villano—. No tenéis más que dar la vuelta por esta calle de enfrente, y veréis la muestra.



... tres jinetes subían a buen paso...



Dióle las gracias el caballero y reanudaron su camino.

Pocos minutos después, echaban pie a tierra ante la hostería, entregaron sus caballos a un mozo de cuadra y entraron en aquélla.

Presentóse solícito el hostelero y se quitó respetuosamente el gorro de piel de conejo que cubría su redonda cabezota.

—¿Podéis cedernos dos habitaciones, una para mí y la otra para mis servidores? — preguntó el caballero que antes había pedido informes al villano.

—Sin duda, señor — contestó el hostelero—. Vuesa merced quedará satisfecho.

Guió al nuevo huésped escaleras arriba y le mostró un aposento en el primer piso. Estaba regularmente amueblado y con las comodidades relativas de la época.

Una vez el viajero hubo tomado posesión de la estancia, ordenó que la transportasen a la misma su equipaje, y después de quitarse el polvo y asearse, bajó de nuevo a la planta baja, sentándose en el amplio comedor, junto a un buen fuego que ardía alegremente en una enorme chimenea de campana.

Sin duda sería muy poco comunicativo el caballero, por cuanto sólo cruzó las palabras más precisas con sus dos servidores, sentados a discreta distancia.

Acercaba ensimismado sus manos a las bri-

llantes llamas y fijaba maquinalmente sus miradas en las mismas, divagando sin duda su espíritu por lejanas regiones.

Aparentaba haber cumplido los cincuenta, pero tenía gallarda traza y airoso ademán. Sus facciones enérgicas y acentuadas, ostentaban bigote y barba negros, en las que resaltaban los argentinos hilillos de algunas canas, y la mirada de sus ojos, profundos y luminosos, era a la par persuasiva y enérgica.

Llevaba el cabello largo, conforme con la moda de aquellos tiempos, dejando al descubierto la despejada frente, y su cutis bronceado delataba al marino curtido por los rayos del sol tropical.

Era un varón fuerte, rudo quizá, pero nada en él delataba el ímpetu brutal del déspota, sino la simpática entereza del hombre nacido para la organización y el mando.

Sus dos acompañantes, puestos a su servicio, tenían la traza vulgar de los hombres del bajo pueblo, llamados a la sazón villanos, pero convertidos en lobos de mar por la fuerza de las circunstancias y de aventurero temperamento, pero de semblante honrado.

Llegó la hora de la cena, ésta les fué servida silenciosamente, y cada cual dió buena cuenta de su yantar.

El caballero por lo visto no estaba comunicativo; sus servidores respetaban su silen-

cio, y el posadero, concedor como el que más de la manera cómo hacerse agradable a sus clientes, dejó en paz a su lengua a pesar de la natural curiosidad que sentía por las narraciones que, sin duda, podían hacer aquellos taciturnos viajeros. Pero una vez terminada la cena, el caballero decidió romper su prolongado silencio.

—Decidme, buen amigo — dijo al posadero—. ¿Sigue todavía en la ciudad nuestra soberana, doña Isabel I, cuya vida guarde Dios nuestro Señor?

—Sí, caballero — contestó el hostelero—. Mora todavía en el alcázar, aun cuando bastante retraída, pues si no se volvió huraña, las desgracias continuas que amargaron su vida, llenaron sin duda de hiel su magnánimo corazón.

—¿Qué pasó a punto fijo?

—¿Acaso ignoráis, señor caballero, lo que por desgracia es cosa sabida en todos los pueblos de España?

—Sólo llegaron hasta mí, vagas referencias. Mi oficio me obliga a larguísimas ausencias y, además soy poco curioso.

—Pues Sus Majestades, nuestros reyes doña Isabel y don Fernando, acaban de quedarse solos. Los padres felices y envidiados de otros tiempos, sienten a su alrededor el frío de la soledad. Murieron don Juan, el príncipe he-

redero de la corona a los 19 años; la infanta doña Isabel, casada con el rey de Portugal; la infanta doña Catalina está en Inglaterra, donde casó con el rey Enrique; y, la infanta doña Juana, en Borgoña, casada con el archiduque Felipe de Austria.

—Semejantes noticias son conocidas en todas partes, por desdicha — dijo el caballero—. Yo me refería a si sabéis algo relacionado con el estado de salud de nuestra reina y si atiende todavía personalmente los asuntos del Gobierno. Sin duda en esta casa por la índole del negocio, se reunirán caballeros que frecuentan el alcázar.

—Así es, mi señor — dijo el posadero—. Y todos afirman que doña Isabel está muy envejecida y bastante enferma.

—Malas noticias me dais — comentó el caballero, moviendo con pena la cabeza—. Precisamente llego de muy lejos para pedirle audiencia.

—Y, sin duda, la obtendrá vuesa merced si se la pide — dijo con energía el hostelero.

—¿Cómo habláis con tanta seguridad, amigo?

—Porque doña Isabel, nuestra reina — recalcó—, jamás rehusó escuchar a nadie.

—Así me lo figuro yo también — concluyó el caballero.

Levantóse, dió las buenas noches, concedió

permiso a sus criados para que se recogiesen cuando les pareciera, y subió a su aposento.

Entonces el posadero, intrigado, decidió valerse de toda su astucia para calmar su curiosidad de saber quién sería aquel caballero, que lo mismo parecía pirata que corsario o capitán de las galeras reales.

Al hacer los criados del caballero, además de levantarse de sus escabeles, les detuvo sonriente con un ademán.

—¿Adónde vais, amigos? — preguntó—. ¿Os cogió el sueño de pronto?

—No, pero nos estamos aburriendo bárbaramente — dijo el *Pintado*.

—¿Y no es mejor recurso para no aburrirse, que tumbarse en el camastro, charlar un rato entre vaso y vaso? — expresó el posadero, más tentador que nunca.

—Vaya que sí — dijo *Romo*, el compañero del *Pintado*—. ¿Y tú, qué dices a esto?

—Pues que el amigo habló como un oráculo.

Invitóles el posadero a sentarse junto al fuego, aproximó una mesilla, puso encima una jarra de vino y tres vasos de estaño y los llenó del atrayente zumo.

—Os felicito, compañeros — dijo sin rodeos.

—¿Por qué?

—Porque servís al caballero más cumplido que ciñe espada.

—No le hay más cabal en toda España en redondo.

—¿Será noble?

—De corazón, si no lo es por el apellido. Mas no importa, porque su nombre anda en lenguas con su bravura y su talento.

—¿Cómo se llama?

—Juan de la Cosa

—No me suena.

—Caramba, sí que vivís en el limbo — dijo el *Pintado*, con gesto de mal humor.

—No lo toméis a mal. Pero soy un pobre posadero que jamás caminé más allá de los muros de Segovia.

—Pues amigo — arguyó *Romo*—, retrasado andáis. ¿No oistes hablar tampoco de las Indias?

—Eso, sí. Ignorante soy, pero no tanto.

—Pues bien, nuestro amo, don Juan de la Cosa, acompañó a don Cristóbal Colón en sus dos primeros viajes.

—¿Qué me decís? — exclamó el posadero.— Así tenéis razón en llamarle héroe, pues héroes fueron quienes se atrevieron a llegar hasta los últimos confines del Mar de las Tinieblas.

—E hizo más que acompañarle, porque puso a su disposición su carabela y navegó en ella de maestro. Ya veis si contribuyó a que el primer viaje se convirtiera en realidad.

—¿Y cuántas veces habéis estado vosotros en las Indias?

—Cuatro, aunque navegando con nuestro señor, don Juan de la Cosa, hace muchos años, cuando se dedicaba a ir a puertos del Cantábrico, y también le acompañamos en su expedición al Norte hasta Groenlandia. Ahora ya se puede ir a las Indias sin riesgos ni temores, porque entre todos desbrozamos el camino.

Prolongaron el diálogo, versando sobre el mismo tema y el viaje a la Groenlandia que hubieron de explicar al hostelero, que quedó asombrado de, que se pudiera vivir en un país tan nebuloso, hasta que el sueño que comenzaba a cerrar sus párpados, y el frío, al apagarse los leños de la chimenea, les invitaron al descanso.

Cada cual se retiró a sus habitaciones, y el comedor quedó solitario, alumbrado vagamente por los rescoldos del hogar.

Juan de la Cosa, el expertísimo marino y hábil cartógrafo, autor del primer *Mapamundi* conocido, es todavía un enigma para una biografía acabada y completa.

Cuantos se ocuparon de escribir la *Historia de las Indias*, entre ellos López de Gómara, Herrera y Fernández de Oviedo en primer término, mencionan sus viajes, sus servicios a España y su prodigiosa pericia en el tra-

zado de cartas de mares. Fernández de Navarrete, el inmortal cronista, presentó a Juan de la Cosa como geógrafo y navegante, émulo de Cristóbal Colón.

Se ignora a punto fijo dónde nació. Se supone, no sin cierto fundamento, que vió la luz primera en Santoña, pero las noticias que podría arrojar el archivo parroquial desaparecieron a causa de un incendio que destruyó cuantos documentos se refieren a tan remotas épocas.

Sea como sea, está aceptado universalmente que el sabio cosmógrafo Juan de la Cosa nació en Santa María del Puerto, hoy villa y puerto de Santoña, provincia de Santander, allá por el año mil cuatrocientos sesenta.

Los biógrafos aducen poderosas razones en las cuales apoyan la expresada presunción.

Existió en Santoña durante largo tiempo, un barrio denominado de la Cosa, pero se ignora si tuvo tal apellido por estar situado en aquél el solar del gran marino o si éste era en realidad plebeyo y tomó el nombre del barrio en que naciera. Fuese como fuese, Juan de la Cosa era vecino de Santoña en agosto del mil cuatrocientos noventa y seis.

Ciertamente que, algunos coetáneos, entre ellos Herrera, el autor de las *Décadas de la India*, lo tuvieron por vizcaíno, pero en tales tiempos se conocía con semejante denomina-

ción a todos los naturales de las costas de Cantabria.

Juan de la Cosa procedía de una familia de marineros y desde muy joven se había dedicado a la navegación, realizando largas travesías y recorriendo en varias ocasiones la costa occidental africana.

Dedicábase a trazar cartas de las tierras a la sazón conquistadas, y en su *Mapamundi*, que por cierto ha llegado hasta nosotros, constan todas las descubiertas hasta principios del siglo XVI, anticipándose un cuarto de siglo a los mapas italianos, que obedeciendo a un hecho muy corriente, adquirieron de momento mayor celebridad.

Está dibujado sobre una hoja de pergamino, de forma ovalada, iluminado artísticamente. Figuran en el mismo los continentes europeo, asiático y africano, y los países del Nuevo Mundo hasta entonces descubiertos.

“Para comprender la importancia de este mapa — dice el famoso Humboldt—, bastaría recordar que es seis años anterior a la muerte de Cristóbal Colón y que los mapas más antiguos de América (no insertos en las ediciones de Tolomeo ni en las cosmografías del siglo décimo quinto, que se han conocido hasta hoy), son de 1527 y de 1529, de la biblioteca del gran duque de Sajonia y Weimar.”

El original de este mapa fué descubierto y comprado en mil ochocientos treinta y dos por el barón Walknear, que comunicó inmediatamente el hallazgo al barón de Humboldt. Al fallecer el primero, fué puesto el mapa a pública subasta y adquirido por el Gobierno español.

En la actualidad figura en el Museo Naval de Madrid, del que es una de las joyas más preciadas.

II

OJEADA RETROSPECTIVA



RIPULABA Juan de la Cosa en 1492, como propietario y capitán, una hermosa galera con la cual se dedicaba a expediciones comerciales de cabotaje por las costas del Mediterráneo y del Atlántico.

Hallándose en aguas del condado de Niebla al organizarse el primer viaje que condujo al descubrimiento de América, Cristóbal Colón solicitó dicha carabela para nao capitana, tomarla por alojamiento como jefe y arbolarse la insignia de almirante.

Según unos, la expresada carabela se llamaba *La Gallega*, por haber sido fletada en Pontevedra; pero, según otros, tenía el nombre de *Marigalante*, y había sido construída en las playas vascas, con la madera de sus montañas y por obreros del país. Juan de la Cosa se entusiasmó con el proyecto de buscar

ignotas tierras en los desconocidos confines del Océano Atlántico y aceptó el contrato de fletamento, prestándose a servir en la nao de simple maestro.

Lo mismo el intrépido marino que la tripulación por él reclutada, viejos lobos de mar y acostumbrados a todos los peligros, fueron voluntariamente y en virtud de un estipendio alzado que de antemano se contrató. En cambio, los Pinzones se asociaron con Colón para repartirse riesgos y ganancias.

Cristóbal Colón, juzgando, sin duda, demasiado frívolo el nombre de *Marigalante* que la embarcación tenía, lo cambió por el de *Santa María*.

Sin duda las luces de Juan de la Cosa facilitaron en gran parte la arriesgada travesía, por cuanto el mismo Colón, que se mostraba receloso y envidioso de cualquiera que pudiese igualar su gloria, se quejaba de que aquél, a quien *había traído consigo por ser hombre hábil*, se jactaba de que era más entendido que él, en las artes de la mar.

Realizóse el descubrimiento, y poco antes del regreso a España, la nave *Santa María* se perdió en un bajío de la Isla Española, rozando con el escollo tan suavemente, que nadie más que el timonel se apercibió del contra-tiempo.

Regresó Juan de la Cosa con sus tripulan-

tes en la *Pinta* con Colón y los suyos, y los Reyes Católicos le indemnizaron de la pérdida sufrida.

Organizada la segunda expedición a las nuevas tierras, Juan de la Cosa se embarcó en la carabela *Niña*, llamada por otro nombre *Santa Clara*, con el título de *Maestro de hacer cartas*.

Al regresar a la Península, se separó de Colón, y se dedicó a sus ordinarias travesías por el mar Cantábrico.

En 1499, fué concedida autorización al capitán Alonso de Ojeda para que marcharse al Nuevo Mundo a descubrir nuevas tierras por su cuenta y riesgo, y haciéndose los aprestos en Puerto de Santa María, aquél se concertó con Juan de la Cosa, vecino entonces de dicha población, considerándole de igual jerarquía, puesto que habían sido compañeros en la expedición de Cuba y Jamaica.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, hijo de familia hidalga, pero tan pobre, que se vió obligado a partir de su niñez a servir de paje en el alcázar de los duques de Medina Sidonia. Un cercano pariente, miembro del Tribunal de la Inquisición, le presentó a Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, que fué después patriarca de las Indias.

En 1494, dos años después del descubrimiento de América, contaba Ojeda veintiocho

años, y si bien era enclenque y de pequeña estatura, se le consideraba entre los primeros esgrimistas de Castilla y uno de los hombres más ágiles y vigorosos. Cortés con las damas, generoso con los humildes y sincero creyente, era no obstante, osado hasta la temeridad vengativo como un corso, pendenciero y duelista.

Cuando Cristóbal Colón hizo su segundo viaje a las Indias Occidentales, le dió Fonseca a Ojeda un alto cargo cerca del Almirante, para que le vigilase. Esto no impidió sin embargo, que se mostrase implacable contra los indios levantiscos, y que, maestro consumado en la lucha de guerrillas que había aprendido en la guerra contra los moriscos granadinos, se convirtiese para aquéllos en invencible azote.

No había para Ojeda empresa imposible ni existía temeridad a la que no se atreviese. Era fama que, en un combate contra los indios, había vencido a más de diez mil con sólo cincuenta hombres a sus órdenes, y en otra ocasión arrebató de entre las filas de sus parciales a uno de los caciques más influyentes de la isla y lo trajo prisionero a Cristóbal Colón.

La expedición que organizó con Juan de la Cosa se componía de tres carabelas, tripuladas por marineros experimentados, muchos de los cuales habían acompañado a Colón en sus viajes.

Atravesaron el Océano en veinte y cuatro días y vieron tierras en la desembocadura del Orinoco. Borearon el litoral sin desembarcar, pero tomaron tierra en tres parajes de la isla de la Trinidad, pasaron por el golfo de Paria, abordaron en la isla de Margarita y continuaron la ruta, visitando puertos y ensenadas.

Cuando tomaban tierra, cambiaban con los indios insignificantes fruslerías por perlas y cueros, sin que propiamente se produjesen incidentes desagradables.

Vieron en una isla, por primera vez, indígenas de estatura mucho mayor que la acostumbrada de los vistos hasta entonces, por cuyo motivo la bautizaron con el nombre de isla de los Gigantes, cambiado después por el de Couraço.

Siguieron adelante, cuando se hallaron frente a un golfo espacioso pero desapacible, triste. La Naturaleza parecía yerta en aquellos lugares.

En el seno del golfo se levantaban originales palafitos. Sobre pilotes hincados en el fondo del agua, había primitivas moradas, en comunicación unas con otras con puentes de madera.

Recordó aquel panorama a los expedicionarios, la singular Venecia, y llamaron Venezuela a tales lugares.

La exploración prosiguió avanzando, cuando a pocas leguas vieron un magnífico lago separado del mar por una estrecha barra. Las aguas, transparentes como el cristal, permitían distinguir las doradas arenas del fondo; una brisa arrulladora ondulaba la superficie.

Pasaron de largo los exploradores, pero por ser aquel día, veinticuatro de agosto, festividad de San Bartolomé, le pusieron al lago dicho nombre. En la actualidad es el lago de Maracaibo.

Siempre adelante, la expedición llegó a la península de la Goajira, en los límites de la actual región colombiana, llamada a la sazón Coquibacoa por los indígenas.

Los expedicionarios acababan de descubrir el verdadero continente americano. Entre los mismos figuraba también un florentino llamado Américo Vespuccio, que años a llegar había de divulgar aquellos viajes en unas célebres narraciones.

No prosiguió la expedición más adelante, sino que, después de descubrir un cabo alto, que visto de lejos les pareció un navío en alta mar y le llamaron Cabo de la Vela, torcieron el rumbo en busca de un puerto donde carenar los buques.

La expedición arribó a la Isla Española y entraron en el puerto de Jáquimo, el día cinco de septiembre.

Recibiéronles con sumo desagrado los españoles de la isla, particularmente Roldán, el alcalde de la misma, alegando si los exploradores cortaban o no madera de brasil sin tener derecho y si procuraban atraerse a los compatriotas descontentos. Hubo sangrientos lances, resultaron muertos y heridos, y, según refiere Herrera “nadie sabe hasta dónde podían haber llegado las cosas, sin las dotes de prudencia de Juan de la Cosa, que consiguieron lo que Ojeda estaba bien lejos de alcanzar, empleando la violencia”.

Coronada la obra mediadora de Juan de la Cosa por la devolución de una barca de la expedición, de la cual se había apoderado Roldán, aquélla regresó a la Península. Hicieron su entrada en España en febrero del año siguiente, o sea del mil quinientos, fecha memorables en los anales de las ciencias cosmográficas. En ella acabó Juan de la Cosa su famoso *Mapamundi*.

Al año siguiente emprendió Juan de la Cosa su cuarto viaje.

Cada día — refiere Herrera — tomaba más pábulo la nueva de que, de Tierra Firme, por cascabeles y cosas de poco valor se traían perlas y oro, y como fuese que Castilla andaba escasa de dinero, dábase extraordinaria importancia a dicha versión.

Los hombres ansiaban enriquecerse y ca-

da día era más vehemente tal deseo. Disipábanse los temores de navegar en mares tan profundos y desconocidos, distinguiéndose en tal aspecto los vecinos de Triana, los cuales, en su mayor parte, eran marineros.

Cierto individuo, llamado Rodrigo de Bastidas, hombre honrado y bien entendido, que por las muestras debería de tener hacienda, vecino de Triana, decidió armar dos navíos para ir a descubrir y rescatar oro y perlas.

Concertóse con algunos y en especial con Juan de la Cosa, quien — termina Herrera—, era el mejor piloto que había en aquellos mares, hechura del gran Almirante o sea de Cristóbal Colón.

Alcanzaron, en efecto, la correspondiente licencia, y terminados sus aprestos, zarpó la expedición de Sevilla con rumbo a Tierra firme, a principios del año mil quinientos uno.

Recorrieron muchos puertos para rescatar o trocar las chucherías que llevaban por metales y objetos de gran valor, entraron en el golfo de Venezuela, siguieron el litoral del poniente abajo, y llegaron al puerto, que llamaron, de El Retrete, donde estaban situados la ciudad y el puerto de Nombre de Dios.

Cuanto de nuevo se descubrió, pasó de cien leguas, y puso Juan de la Cosa nombre a Cartagena y a todas las islas que por allí existen.

Al llegar al golfo de Jaragua perdieron los navíos, suceso que les obligó a ir por tierra a Santo Domingo, y allí Francisco de Bobadilla, pretextando que habían trocado oro con los indios, los prendió, disponiendo su inmediato embarque para España. El viaje fué tremendo, y Juan de la Cosa estuvo en un tris de perder la vida. Desencadenóse un temporal y se dispersó la flota, de la cual pudieron salvarse tan sólo seis u ocho buques.

Juan de la Cosa se amparó en uno de aquéllos, llamado *La Aguja*, donde estaba depositado el tesoro de la expedición, unos cuatro mil pesos en cifras redondas.

Desembarcó en España, fué a la corte, y, según estaba tasado, pagó a los reyes el quinto del valor del oro y perlas que traía.

En lo sucesivo, la fama de Juan de la Cosa creció como la espuma, y desde los reyes a los armadores y concesionarios de descubiertas y los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, solicitaban su cooperación, estimándole, no ya como el mejor, sino como el único buen piloto de los mares.

Entonces fué cuando Juan de la Cosa decidió nuevas empresas, y seguido del *Pintado* y de *Romo*, sus fieles servidores, se dirigió a Segovia, corte de los Reyes Católicos, para solicitar una audiencia de la reina Isabel I de Castilla.

III

A LOS PIES DEL TRONO



El día siguiente de haber llegado Juan de la Cosa a Segovia, se dirigió de la posada directamente al alcázar.

El palacio real segoviano o morada oficial de los reyes, es un monumento del siglo oncenno, construído durante el reinado de Alfonso XI, por el padre del célebre Pedro I, llamado por ciertos historiadores *el Cruel* y por otros *el Justiciero*.

Es un edificio inmenso, coronado por una alta torre, llamada del rey Don Juan. A los lados de la misma corren las galerías de las habitaciones del alcázar, y hacia la parte posterior se levanta un segundo torreón, llamado del homenaje.

A la derecha se abre la entrada a los aposentos reales.

Son espaciosos, severos, están precedidos de un gran vestíbulo, y al frente, al extremo de un amplio pasillo, se halla el llamado salón de honor.

El salón del trono está situado aparte, y en la época a que se refiere la presente narración, por sus adornos resultaba imponente.

También figuran en otros cuerpos del inmenso edificio, el salón llamado de las piñas, por los adornos imitando frutos de esta clase en los artesonados, y el del cordón, por cuyas paredes corre un friso que recuerda el cordón de un hábito franciscano.

En la sala del cordón acostumbraba la reina doña Isabel *la Católica*, a dar sus audiencias, y en la misma recibió a Juan de la Cosa.

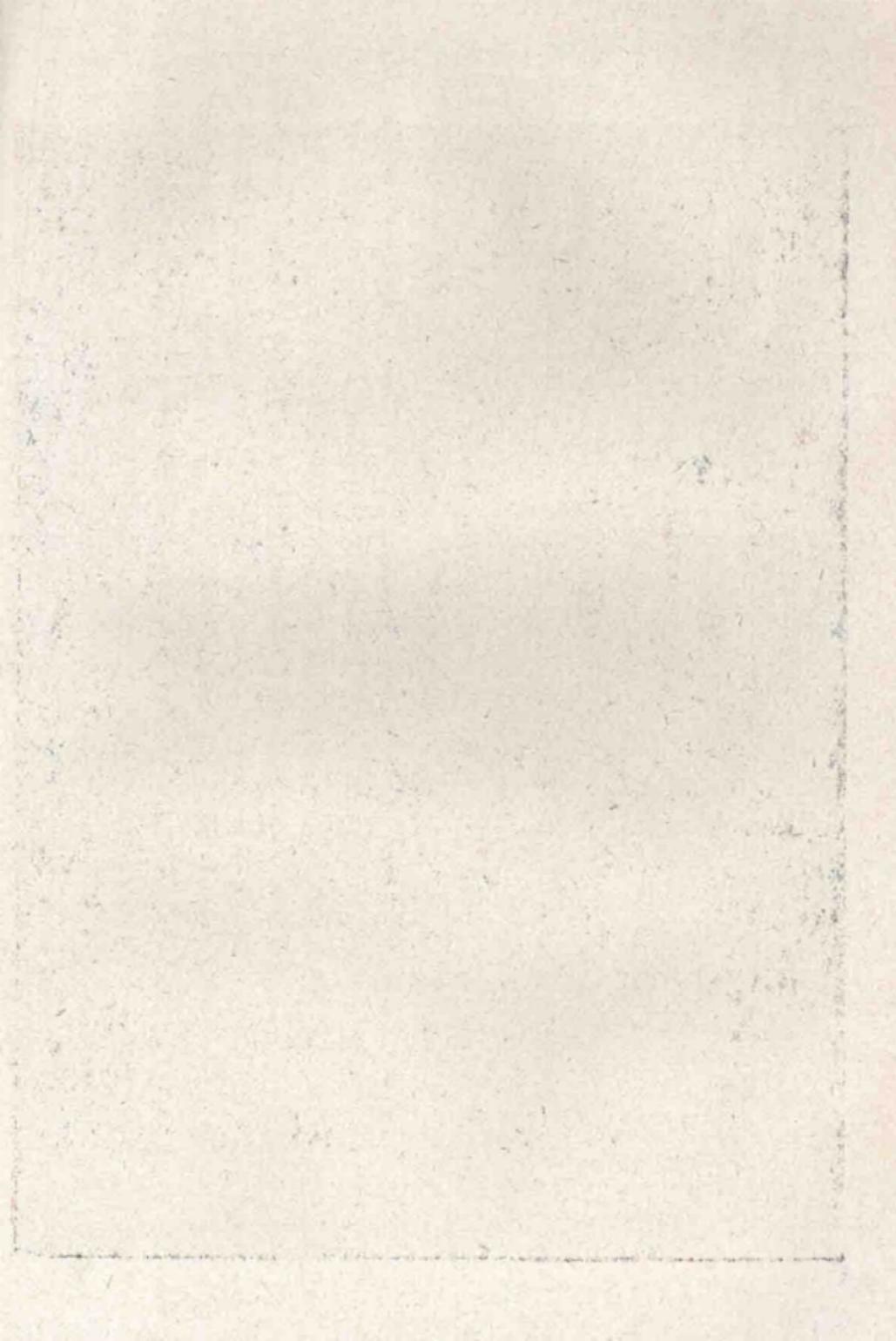
El mobiliario de la estancia era severo y sencillo a un tiempo, pues consistía en un alto sitio donde se acomodaba la soberana, y, unas cuantas sillas más bajas que servían para las camaristas.

Los ventanales estaban cubiertos por policromas vidrieras formando figuras alegóricas; había en uno de los entrepaños una monumental chimenea de piedra, y un amplio tapiz de terciopelo cubría el portal que daba acceso a la pieza, donde dos hombres de armas estaban constantemente de servicio.

Juan de la Cosa fué introducido en la sala por uno de los camareros de la reina. En cuan-



—Bienvenido, don Juan de la Cosa...



to fué anunciado, quedóse en el umbral, en espera de la orden de avanzar.

—Bienvenido, don Juan de la Cosa — dijo Isabel I—. Tiempo ha que aguardaba ocasión de veros.

La Reina Católica contaría a la sazón unos cincuenta años, pero estaba muy envejecida. Sólo quedaban en ella leves vestigios de aquella expresión encantadora que, sin ser en realidad una belleza, subyugaba con sólo mirarla.

Tenía la célebre reina estatura mediana; sus facciones eran correctas; su cutis, rosado y terso en tiempos mejores para ella, aparecía ahora demacrado; llevaba el cabello recogido con gran sencillez, y sus ojos, entre verdes y azules, brillaban todavía con juveniles destellos.

Vestía un traje de seda obscura, muy sencillo, y por únicos adornos ostentaba en el cuello un collar de pequeñas perlas, y en la cabeza, una diminuta diadema.

Juan de la Cosa quedó grandemente impresionado ante aquella soberana cuyos ademanes y menores gestos transparentaban mayestática dignidad. Avanzó hasta las gradas del trono, dobló la rodilla izquierda y besó respetuosamente la mano que la reina, sonriendo débilmente, le tendía.

—Alzad, don Juan — dijo Isabel I—. Sentaos.

Un paje acercó un escabel para que se sentase el navegante.

—Y ahora, caballero — terminó la soberana—, hablad. La reina de Castilla se complace en oíros.

Juan de la Cosa hizo una profunda reverencia, y tras unas frases de agradecimiento por el señalado honor que la reina le otorgaba, consintiendo en oírle, comenzó su relato.

Era aquél la narración de los hechos de su azarosa vida, sus dilatados viajes y los proyectos que su probada experiencia le sugería para impulsar con mayores beneficios la colonización de las nuevas tierras.

—Estoy asombrada, don Juan de la Cosa — dijo al fin la soberana, cuando aquél terminó su relación—. Por más que había llegado hasta mí la fama de vuestros hechos, me felicito por haberlos escuchado de vuestros propios labios, pues así puedo apreciarlo con toda su valía. Proseguid, caballero.

—He de poner ahora en conocimiento de Vuestra Majestad, que en las costas de Tierra Firme han aparecido cuatro buques portugueses, los cuales, contra todo derecho, sacaron esclavos e hicieron acopio de oro, sin que puedan alegar propiedad alguna sobre aquel territorio.

—Continuad — dijo la reina con mayor interés todavía.

—Me permitiré significar a Vuestra Majestad, que tal vez sería conveniente tomar algunas medidas para impedir semejantes abusos y otros desafueros por parte de Portugal, ya que, de lo contrario, en vano nos fatigaremos los navegantes españoles si otros persisten en arrebatarnos los frutos de nuestros sacrificios, y en vano también España seguirá derrochando oro y sangre, si otra nación con las manos limpias recoge la mies que aquélla siembra.

—Estáis en lo cierto, don Juan — expresó Isabel I—. Será preciso reclamar a Portugal para que cesen de una vez tales vejámenes, que no estamos dispuestos a consentir. Y como nadie mejor que vos ni con más autoridad y conocimiento, haré que os extiendan un nombramiento de embajador de Castilla cerca del monarca portugués y podáis negociar debidamente.

Don Juan de la Cosa, dándose cuenta de que la audiencia tocaba a su fin, se puso en pie e hizo una reverencia.

Doña Isabel le hizo una seña para que atendiese unos momentos todavía.

—Lo dicho, respecto a los negocios — expresó la soberana—. Mas ahora quiero hablaros de la recompensa que os mereceis. Os nombro Alguacil Mayor de Urabá, empleo efectivo de que disfrutaréis vos y vuestros descendientes. Y puesto que vuestros servicios son

tan valiosos para España, espero que seguiréis prestándonos vuestra colaboración en la obra de conquista y de expansión que estamos llevado a cabo. Volved dentro de algunos días y os entregarán el nombramiento. ¿Tenéis algo más que decirme?

—Sólo reiterar mi incondicional sumisión a mis reyes y jurar como cristiano y caballero que en toda ocasión pondré mi hacienda y mi vida a contribución para que sean hechos sus mandatos, y una súplica, que os digneis aceptar estas cartas que he dibujado yo mismo, y que contienen todas las tierras conocidas hasta nuestros días.

Al decir esto, desenrollaba los mapas que llevaba y mostró el Mapa Mundi o Carta de Marear, como él la llamaba, y que luego ha pasado a ser un documento famoso.

Estaba finamente dibujado e iluminado, con la ciencia de un buen geógrafo y la paciencia de un benedictino que hubiese aplicado los colores en aquellas miniaturas. Tan bello era el trabajo, que la reina, al tomarlo, no pudo contener un leve grito de asombro. Lo examinó largo rato, sin cansarse de contemplarlo y luego, alzando los ojos, los fijó en de la Cosa, y le dijo:

—Perfecto es este trabajo, don Juan de la Cosa, y lo acepto con gratitud. ¿Qué cartas son esas otras?

—Tienen menor importancia y menos trabajo, señora — contestó, con la satisfacción que es de suponer al ver reconocido el mérito de su obra—. Una es una carta geográfica del Continente africano, con expresión de los descubrimientos y exploraciones de los españoles. Después mostró a la reina otra carta que se refería a las costas occidentales de Europa, y la reina que conocía mejor aquellas tierras, siguió con un dedo la configuración de las costas, dando a cada una de las naciones representadas, el nombre que les correspondía.

Con esto la reina Isabel le repitió su gratitud, se alegró de su visita, le rogó contara con su favor y le pidió volviera pasados dos días para recoger su despacho de embajador cerca del rey de Portugal, y le despidió deseándole feliz éxito y que Dios le guiara. Juan de la Cosa, besó sus reales manos, y se retiró.

Tres días después de aquel en que se había verificado la real audiencia, salían Juan de la Cosa, provisto del nombramiento de embajador, camino de la corte portuguesa.

Llevóse consigo únicamente a *Pintado*, quedando *Romo* en la posada segoviana, para aguardar su regreso.

Ceñía la corona de Portugal el rey Manuel, viudo precisamente de una de las hijas de los Reyes Católicos, el cual, comprendiendo el craso error cometido por su padre Juan II al

desdeñar los ofrecimientos de Cristóbal Colón, se esmeraba en proteger a exploradores y marinos. Bajo su decidida protección verificaron sus exploraciones inmortales lo mismo Alburquerque que Vasco de Gama.

Se ignora si en realidad estaría el monarca enterado de las exacciones denunciadas por Juan de la Cosa a su soberana, pero en todo caso, no las vituperaría mucho, sino al contrario, pues merecían su aprobación cuantas audacias pudieran cometer sus marinos y aventureros en busca de nuevas tierras o para arrebatarse las que otra nación hubiese conquistado.

La inesperada adquisición de todo un Nuevo Mundo por parte de España, había despertado sorda envidia en Portugal, y el rey Manuel recibió a Juan de la Cosa con mal disimulada irritación.

—Señor, tengo el honor de hablaros en nombre de mi alta soberana, la reina de Castilla — dijo el flamante embajador—, para protestar de las exacciones cometidas por las tripulaciones de cuatro buques de la nación de Vuestra Majestad en las costas de Tierra Firme, países que pertenecen en absoluto a la Corona española.

—Señor embajador — expresó el rey Manuel—, esas cosas son para tratarlas despacio y no pueden resolverse así de pronto. Me in-

formaré y podéis testimoniar a vuestra muy alta soberana, que procederé en justicia.

Juan de la Cosa se mordió los labios con despecho, pues vió en las frases del monarca portugués una evasiva que éste se esforzaba muy poco en paliar.

—Me permitiré significar a Vuestra Majestad que mi soberana, la Reina Católica — insistió Juan de la Cosa—, aguarda una respuesta categórica para saber a qué atenerse, y la suplico, por consiguiente, de Vuestra Majestad.

El rey de Portugal se impacientó y se marcó en su rostro una expresión de enojo.

—Señor embajador — dijo con sequedad—, os diré, por si lo ignoráis, que los marinos portugueses son absolutamente libres de ir por donde quieran y les convenga, sin temor a molestas reconvenciones.

Juan de la Cosa, a pesar de su temperamento conciliador, se dejó asimismo dominar por el enojo al escuchar semejantes palabras. No se trataba ahora de poner paz entre intemperantes compatriotas, como en el caso de Ojeda y Roldán, sino de volver por los fueros de su patria, que sin rebozo menospreciaba un soberano extranjero.

—Así será, siempre y cuando no deban someterse a las leyes de otra potencia — expresó Juan de la Cosa—. Pero en el caso a que

me refiero, la única que está en su derecho de proceder con libertad es España, y por tal razón prohíbe lo que acabo de exponer con respetuosa firmeza a Vuestra Majestad.

—Embajador de Castilla — dijo el rey Manuel, alterado — vuestra firmeza limita con la acritud y el rey de Portugal no está dispuesto a escuchar imposiciones. No lo olvidéis.

—Sé el respeto que me merecen los reyes, señor, y el embajador de doña Isabel de Castilla, se inclina reverente ante Vuestra Majestad, pero ratifico mis palabras que no son sino expresión de la verdad y de los inquebrantables sentimientos que animan a mi augusta soberana.

Don Manuel de Portugal dió por terminada la audiencia, y Juan de la Cosa salió acto seguido de la regia cámara.

Al trasponer el umbral, salieron a su encuentro un alférez con cuatro ballesteros de la guardia interior del alcázar.

—¿Sois el embajador de la reina de Castilla? — preguntóle el oficial.

—Tengo este honor — contestó Juan de la Cosa.

—Pues bien, daos preso.

—De qué delito se me acusa?

—De lesa majestad, sin duda, pues la orden dimana del propio rey, que Dios guarde.

Acto seguido, Juan de la Cosa fué conduci-

do a uno de los calabozos del mismo palacio, sin tener para nada en cuenta la índole diplomática de su misión y ser emisario especial de la soberanía de Castilla.

El Pintado aguardó en vano todo el día en la posada, el regreso de su amo.

Tranquilizóse con la idea de que habría sido invitado por algún amigo a compartir con él la mesa, o quizá por el propio rey.

Pero llegó la hora de cenar, y el ausente tampoco pareció.

El Pintado quería sinceramente a su señor, y acabó por inquietarse de veras.

Transcurrió toda la noche, que le pareció interminable. Tan pronto como asomaron las primeras luces de la aurora, se lanzó a la calle en busca de noticias.

Juan de la Cosa se hallaba en un calabozo incomunicado. Había pretendido hablar al carcelero, ofreciéndole una dádiva si se avenía a transmitir a su fiel servidor la noticia de que se encontraba preso. Sin embargo, aquél haciendo honor cumplido a su cargo, le contestó con malas razones, se negó a escuchar ni una palabra más, le puso una miserable comida y un trozo de pan junto a una jarra de agua, y cerró la puerta de la mazmorra.

El Pintado comenzó a andar de zoco en colodro, y como mejor podía, pues hablaba pé-

simamente el portugués, preguntaba en todas partes.

—¿Hubo algún desafío la jornada anterior? ¿Se comentaba alguna riña?

Nada sacaba en claro, y a fuerza de andar de un lado a otro, de preguntar y de porfiar, quedó más aturrullado que antes.

Decidió ir a la plaza del real palacio, y preguntó a los soldados del cuerpo de guardia si habían visto entrar a don Juan y a qué hora había salido.

El *Pintado* se lo figuraba todo, menos que estuviera preso.

Los arqueros del cuerpo de guardia se encogieron de hombros, sin saber de quién les hablaba.

Dirigióse después con no más feliz fortuna, a cuantos salían del alcázar.

La mayor parte se encogían de hombros con desdén, y hubo un hinchado caballero, un castizo hijodalgo, que llegó a levantar el bastón para darle un estacazo. Por fin dió con un cortesano que le pareció mucho más sociable y atento que los otros.

—¿Por quién preguntáis? — expresó.

—Por mi amo, el señor don Juan de la Cosa. Estoy cierto de que vino a palacio; esto fué ayer, y a partir de aquel momento, se evaporó, cual tragado por la tierra.

El caballero permaneció vacilante unos ins-

tantes. Sin embargo, al fijarse en la angustia que se reflejaba en el semblante del fiel servidor, decidió hacer algo para calmar su loable impaciencia.

—Aguardad unos instantes e iré a ver si consigo averiguar algo — expresó el cortesano.

Entró de nuevo en el alcázar, y transcurrido un rato salió, con el semblante no tan risueño como antes.

—Puedo informaros — dijo lacónicamente.

—¿Sí? Gracias, señor. ¿Qué le ocurrió a mi amo?

—Está preso.

—¿Dónde?

—En el mismo palacio.

—¿Por qué? ¿Es costumbre encarcelar en Portugal a los embajadores?

—No sé que contestaros. Don Juan de la Cosa llegó como simple emisario, pero no es eso lo importante, sino que, por lo visto, replicó al rey, con violencia, y éste le mandó prender acusándole de desacato a su persona.

El *Pintado* quedó unos momentos estupefacto. De momento no atinó en otra cosa que en procurarse los medios de llegar hasta el encierro de su señor.

—¿No podríais, noble caballero, pues tan bondadoso habéis sido conmigo, conseguir que me permitiesen visitar a mi amo?

—De ninguna manera, y lo siento, porque veo que sois un fiel servidor. No obstante, podríais dirigiros a don Juan do Pazos, mayordomo mayor de palacio, y él quizá podría atenderos. Ahora, adiós, y buena suerte.

—Muy agradecido a vuestras bondades, señor — dijo *Pintado* — Tened la seguridad de que si en alguna ocasión mi brazo o mi pecho pudiesen valerlos, los expondría para defenderos o ayudaros. Es cuanto puede ofrecer un pobre marinero de Castilla.

Momentos después, entraba el *Pintado* en el alcázar y preguntaba por don Joao do Pazos, alegando que necesitaba verle para un asunto importantísimo.

No le resultó fácil lograr que el mayordomo mayor le recibiera, pero tanto porfió y encareció el objeto de su visita, que al final consiguió llegar hasta la presencia del magnate.

Era Joao do Pazos un personaje altivo y malencarado, hosco hasta la brusquedad, y tan soberbio con los humildes como servil y adulator para los poderosos.

—¿Qué pasa? ¿Quién sois? — preguntó al *Pintado*, mirándole olímpicamente.

—Señor mayordomo, soy un marinero castellano, fiel criado de don Juan de la Cosa, enviado especial de mi reina doña Isabel a vuestro soberano.

—¿Y qué?

—He sabido que está encarcelado y desearía visitarle.

—¿Y este es el asunto importantísimo que me anunciasteis?

—Naturalmente, señor. Muy importante. Por lo menos, para mí.

—Pues idos como vinisteis. Vuestro amo sigue incomunicado, y lo mejor será que regreséis a vuestras tierras, que aquí para vos, podrían también correr aires malsanos.

Y acompañando la acción a la palabra, le mostró la puerta con un gesto que no admitía réplica ni demora.

El *Pintado* se marchó corrido, pero no vencido. Aun cuando se opusiera el mundo entero, vería a su señor. No había por cierto nacido en Aragón, pero en terco y tenaz se las apostaba con el aragonés más tozudo.

Mirando maquinalmente a todos los lados cuando se halló de nuevo en la plaza que frente al alcázar se extendía, y se fijó en una taberna al otro extremo de la misma.

Entre la heteróclita concurrencia que la llenaba por completo, vió a numerosos arqueros, charlando unos y jugando los restantes a dados, sentados en mugrientos escabeles y frente a mesillas no mucho más limpias.

Marchó en derechura al equívoco establecimiento, abriéndose paso a codazos, y fué a sentarse en el más apartado rincón de la tienda,

la cual, vista desde allí, por lo lóbrega y profunda, parecía una covacha.

No tardó en acercársele el tabernero. Era un hombretón de rostro más encarnado que una amapola, arremangado de brazos, cuyo corpachón se ocultaba bajo un delantal de recia tela azul.

—¿Qué beberá el galán? — preguntóle.

—Una jarra de Oporto — contestó el *Pintado*, haciendo sonar una bolsa de cuero que llevaba sujeta al cinturón.

El mágico tintineo de los escudos, despabiló más todavía al despierto tabernero, y corrió a servirle diligente.

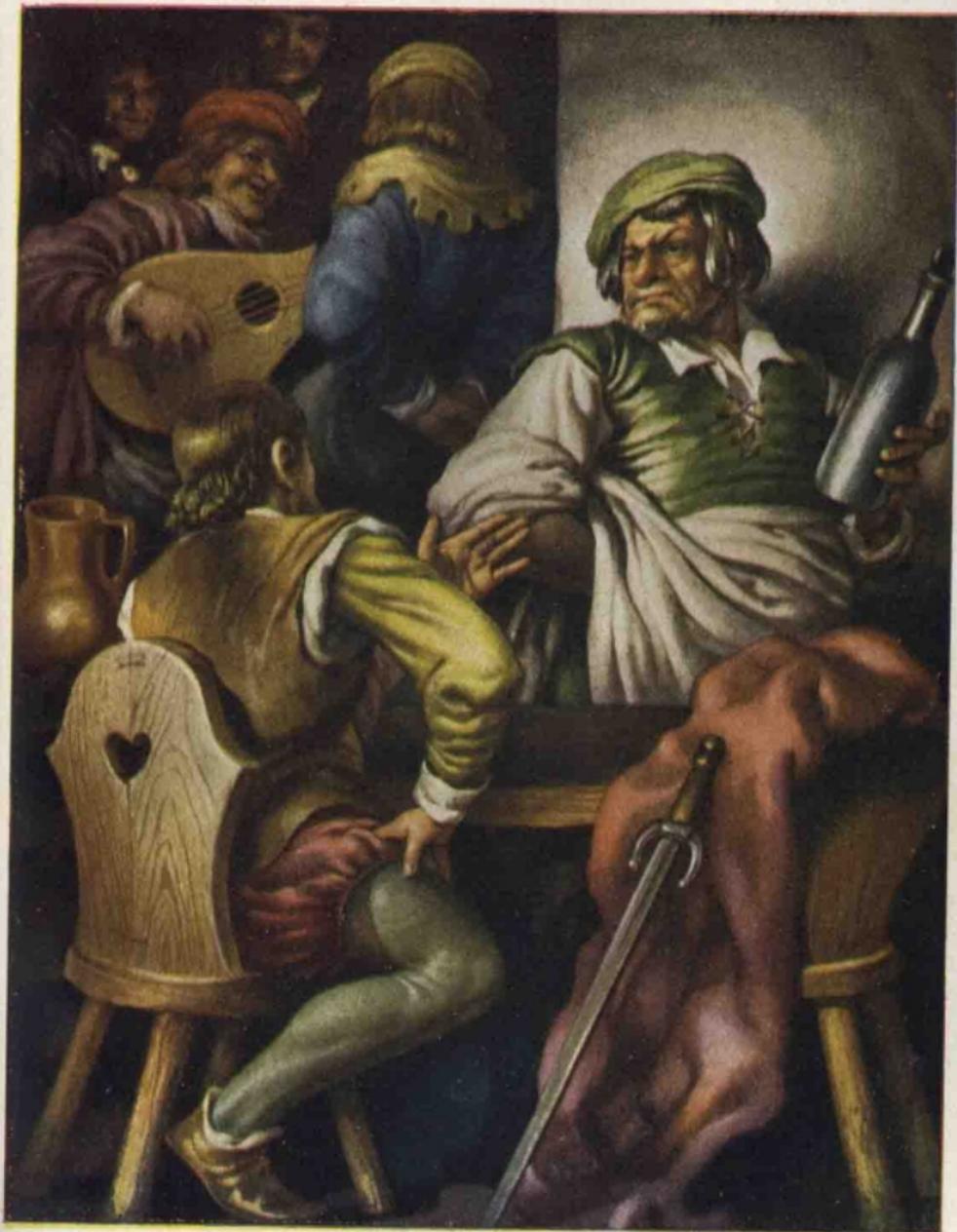
Sin embargo, el vino permaneció intacto en la jarra y el *Pintado* cayó de nuevo en mustio ensimismamiento.

—¿Qué le ocurre al buen mozo? — decidióse a preguntarle el tabernero—. ¿Riñó, acaso con la novia y quiere olvidar sus desdenes sin lograrlo?

—Nada de eso, compañero — contestó el *Pintado*.

Y a continuación le refirió su caso, sin ocultar detalle.

—Mal negocio — dijo el tabernero, después de escuchar su relación—. Sin embargo, no hay para apenarse de esta manera. ¿Qué queréis que pueda ocurrirle a vuestro amo, contando con la protección de la reina de Castilla?



—¿Qué beberá el galán?—preguntóle.

De peores no lleguen, que esto es una tempestad en un vaso de agua.

—Pero yo me he propuesto verle, pese a quien pese.

—Esto es mucho decir, amigo. ¿Poseeríais por casualidad algún talismán que abra las puertas como en los cuentos de hadas?

—Quién sabe. ¿Acaso éste, no tiene a veces también virtudes mágicas?

Y acompañando la acción a la palabra, deslizó un escudo en la mano del tabernero, que bonitamente se lo embolsó sin comentarlo.

—Nada se perderá con probar — dijo al fin el tabernero—. Hablaré a dos de los arqueros que están a punto de relevar a la guardia del alcázar, y celebraré que os pongáis de acuerdo.

—Agradecido, buen amigo.

El Pintado quedó solo en su mesa y se puso a apurar a sorbos, un vaso de Oporto, que por cierto le sentó como reconfortante elixir.

Mientras tanto, el tabernero hablaba con tres arqueros que llevó aparte, a uno de los rincones más ocultos del establecimiento.

Terminada la conversación, los ballesteros se dirigieron cachazudamente hacia donde se hallaba *el Pintado* y se sentaron a su misma mesa.

—Estábamos discutiendo los tres — dijo uno de los arqueros, dirigiéndose al *Pintado*—

De peores no lleguen, que esto es una tempestad en un vaso de agua.

—Pero yo me he propuesto verle, pese a quien pese.

—Esto es mucho decir, amigo. ¿Poseeríais por casualidad algún talismán que abra las puertas como en los cuentos de hadas?

—Quién sabe. ¿Acaso éste, no tiene a veces también virtudes mágicas?

Y acompañando la acción a la palabra, deslizó un escudo en la mano del tabernero, que bonitamente se lo embolsó sin comentarlo.

—Nada se perderá con probar — dijo al fin el tabernero—. Hablaré a dos de los arqueros que están a punto de relevar a la guardia del alcázar, y celebraré que os pongáis de acuerdo.

—Agradecido, buen amigo.

El Pintado quedó solo en su mesa y se puso a apurar a sorbos, un vaso de Oporto, que por cierto le sentó como reconfortante elixir.

Mientras tanto, el tabernero hablaba con tres arqueros que llevó aparte, a uno de los rincones más ocultos del establecimiento.

Terminada la conversación, los ballesteros se dirigieron cachazudamente hacia donde se hallaba *el Pintado* y se sentaron a su misma mesa.

—Estábamos discutiendo los tres — dijo uno de los arqueros, dirigiéndose al *Pintado*—

—Eso, sí. Pero, ¿por donde podré dar una ojeada y decir unas palabras si es preciso?

—Por una ventana enrejada, a cuyo pie se pondrá precisamente el centinela. Da la casualidad que es la jaula del pájaro.

— Ni una palabra más.

—Pero ha de ser cosa rápida.

—El tiempo de un suspiro.

—Entendidos, y hasta la noche.

Levantáronse los arqueros y volvieron a mezclarse con la abigarrada concurrencia.

El Pintado, por su parte, no tardó tampoco en salir de la taberna, después de haber dado las gracias al tabernero por el buen consejo y ayuda que le diera.

—Eso, sí. Pero, ¿por donde podré dar una ojeada y decir unas palabras si es preciso?

—Por una ventana enrejada, a cuyo pie se pondrá precisamente el centinela. Da la casualidad que es la jaula del pájaro.

— Ni una palabra más.

—Pero ha de ser cosa rápida.

—El tiempo de un suspiro.

—Entendidos, y hasta la noche.

Levantáronse los arqueros y volvieron a mezclarse con la abigarrada concurrencia.

El Pintado, por su parte, no tardó tampoco en salir de la taberna, después de haber dado las gracias al tabernero por el buen consejo y ayuda que le diera.

IV

UN PLEBEYO EMBAJADOR



LEGÓ la noche y sonó el toque de queda u oración, invitando a los buenos habitantes de Lisboa a recluirse en sus casas.

Salió *el Pintado* de la posada con un embozo hasta los ojos, llegó a la plaza del alcázar, completamente desierta, y se metió por un callejón contiguo.

La fachada del palacio ocupaba uno de los lados de la calleja, a la que daban simétricas ventanas con gruesos barrotes de hierro.

Púsose *el Pintado* a silbar un aire de su tierra, y un arquero, que estaba de centinela, contestó, silbando también disimuladamente.

Fué a situarse *el Pintado* detrás del centinela, y se encaramó mientras éste se alejaba, a una de las ventanas, cogiéndose a los barrotes.

A través de los emplomados vidrios, vió brillar una lamparilla de aceite, y pasados unos momentos, acostumbrada su retina a la semiobscuridad, percibió a su amo, sentado resignadamente en un poyo de piedra, en uno de los ángulos del calabozo.

Llamóle por su nombre, y el caballero no tardó en darse cuenta.

Corrió Juan de la Cosa al pie de la ventana y quedó como quien ve visiones al notar la presencia de su fiel criado.

Una lágrima de agradecimiento resbaló por sus curtidas mejillas.

—Corre a Segovia, hijo mío — dijo Juan de la Cosa—. Refiere a su Majestad, nuestra reina, cuánto acaba de ocurrirme, y dile que no saldré de aquí sino con la debida reparación. No en virtud de un rasgo de falsa clemencia de quien me encarceló injustamente. Si me dejaran la puerta abierta del calabozo no emprendería la fuga. He de ser libertado oficialmente y una vez se me hayan dado toda suerte de satisfacciones por el atropello a mi reina y a mi.

—Bien está, mi señor. Confíad en este lobo de mar que tanto os quiere.

Bajó *el Pintado* rápidamente de la ventana, se acercó al centinela, deslizó en su mano unos escudos, y desapareció como fundido en las sombras de aquella callejuela tenebrosa.

A la mañana siguiente, tan pronto como abrieron las puertas de la ciudad, *el Pintado* salía de la misma, camino de Segovia, con bien provista bolsa, que le diera D. Juan de la Cosa al salir de Castilla.

Cambiando caballos en mesones y paradores, consiguió llegar a la corte castellana con toda la celeridad posible en aquellas épocas.

La reina doña Isabel consintió en recibirle así que se anunció como enviado de su amo a quien tenía injustamente preso el rey de Portugal.

La soberana escuchó cejijunta la relación del fiel criado, y acercándose a una mesilla, escribió por su propia mano un pergamino que dobló y cerró con las armas de Castilla y de Aragón.

—¿Te atreverás a presentarte al rey de Portugal para entregarle esta misiva mía?

El Pintado se quedó viendo visiones, pero repuesto logró balbucear:

—Me atreveré a todo lo que ordene Vuestra Majestad. Soy su criado y debo obedecerla ciegamente.

—Bien; es preciso que vuelvas a Lisboa y se la entregues al rey de Portugal — dijo Isabel *la Católica*.

—Mándeme Vuestra Majestad — contestó lacónicamente *el Pintado*. —No tengo hacienda, pero sí una vida, y es de mis soberanos.

—Me place la respuesta. Así con este lacónismo hablarían también sin duda, quienes vencieron en Las Navas. Toma — dijo luego, entregándole el pliego.— Nada temas y ya verás como tu amo, queda prontamente en libertad. Sobre todo, no te muestres humilde, ni apocado. Eres enviado mío, es decir, de la reina de Castilla, y tienes por lo mismo, tanta autoridad como el principal caballero de mis reinos y para que nadie te oponga obstáculo alguno, te doy este otro documento— Y le extendió un pase a favor del *Pintado*, ordenando a todas las autoridades dar al enviado, toda clase de facilidades y auxilios. Sin más, le dió a besar la mano, que el pobre marinero besó tembloroso, a tiempo que recojía el documento, donde se le convertía en otro hombre, nada menos que embajador extraordinario de su Católica Majestad, Doña Isabel I de Castilla, León y Aragón... de España.

Una hora después, *el Pintado* se hallaba de nuevo camino de Portugal, reventando caballos y corriendo como el viento.

El humilde servidor de don Juan de la Cosa, el fiel lobo de mar se había convertido como por arte de magia en embajador de la reina de Castilla, con derecho a pedir audiencia particular a otra testa coronada.

Representaba a su soberana, su persona no le pertenecía, por cuanto de su entereza de-

pendía que la Corona de su patria fuese respetada como era debido por un monarca extranjero.

Ya se le alcanzaba al *Pintado* que no corría peligro alguno sino todo lo contrario, pero habría marchado con el mismo entusiasmo y lleno de espíritu de sacrificio, de saber que hubiese podido correr una suerte infinitamente peor que su amo.

La comparación hecha por la reina, refiriéndose a los héroes de Las Navas, repercutía en su cerebro como los toques de un clarín. En todas ocasiones habría dado su vida por sus reyes, pero en aquella, sentía no vislumbrar las palmas del martirio al final de la jornada.

Y así de esta manera, sintiendo en su alma los destellos que sin duda alumbraran la de Ruy Díaz de Vivar cuando con la espada en la mano se ensanchaba Castilla delante de su caballo, devoraba la distancia, corría leguas tras leguas, atravesó la frontera portuguesa, y llegó por fin a Lisboa.

Marchó a la posada, se quitó el polvo del camino, se acicaló en lo posible, pues era preciso representar bien y a conciencia su papel de enviado extraordinario, y con la misiva de su soberana en el justillo, se encaminó al real alcázar y pidió ser recibido con urgencia por don Joao do Pazos.

El mayordomo real lo hizo pasar a su despacho.

—¿Otra vez? — exclamó al verle — ¿Qué porfía es esa? ¿Venís para pedir la libertad de vuestro amo?

—Soy portador de un mensaje.

El magnate le miró despectivamente, de arriba abajo, con expresión primero de enojo, y, finalmente, de compasiva burla.

—Dejaos de tonterías y oídme. Vuestro amo se halla detenido todavía y no conseguirá su libertad si antes no presenta sus excusas a quien ofendió. Os facilitaré el acceso hasta su presencia y procurad convencerle. Acto seguido será puesto en libertad, bajo la condición de que regreséis a vuestras tierras.

El Pintado permaneció mudo e impasible.

—¿Qué respondéis?

—Nada, señor. A vuestra excelencia, nada en absoluto.

—¿Por qué?

—Porque es preciso que pueda hablar al rey.

Don Joao do Pazos soltó una estentórea carcajada.

—¿Os habéis vuelto loco? Dad las gracias que hoy me halláis de buen humor, que de no ser así, en las galeras reales faltan remeros ¿Comprendido?

—No, ni me importa. Y ahora soy yo quien

os advierte que modereis vuestro lenguaje, pues no gusto de humillar a nadie y menos a todo un señor caballero de la corte, y de persistir como hasta ahora, os veréis obligado a darme excusas.

El real mayordomo se levantó iracundo de su sillón y mostró al *Pintado* la puerta de la estancia; como la otra vez.

—Salid al instante — gritó, con soberbio tono.

—No tan pronto. Saldré, pero cuando haya obtenido la audiencia de vuestro rey.

Joao do Pazos se abalanzó a la mesa de trabajo e hizo ademán de empuñar una campanilla de plata.

El *Pintado* más ligero, se la arrebató y fué a ponerla sobre una silla, en el lugar más alejado de la estancia.

—Moderaos, señor do Pazos — dijo el marinero.— Llamaréis a vuestros lacayos para que me echen y después os veréis obligado a darme satisfacciones delante de todos. Mal precedente para un caballero que pretende ser respetado en todas ocasiones. Y no me sigáis mirando como a un loco, porque estoy muy cuerdo, y cuando hablo de tal manera, es porque puedo.

El cortesano se inmutó ante la seguridad como aquel villano se expresaba.

—¿Y quién te dió tales poderes? — pre-

guntó Pazos con punzante ironía, que no obstante, transparentaba irritado despecho.

—Juzgad vos mismo, señor mayordomo — expresó *el Pintado*.

Y sin soltarla, le mostró la misiva de la reina, sellada con las armas del Estado.

Don Joao do Pazos se inmutó ahora de veras.

—¿Estuviste en Castilla? — preguntó, mirándole con cierto temor.

—Natural. No iba Su Majestad, mi reina y señora, a enviarme este escrito por el aire.

—¿Y qué pretendes?

—Que duro sois de mollera, señor mayordomo — dijo picado al fin, *el Pintado*—. Pues que comunicuéis a vuestro rey lo que hace al caso, diciéndole que Doña Isabel I de Castilla me hizo portador de este pergamino que debo entregarle precisamente en sus augustas manos.

—Dámelo a mí y lo entregaré al rey.

—¿Esas tenemos? ¿Se acostumbra en Portugal que los palatinos usurpen las funciones de sus soberanos? En Castilla y Aragón conquistan reinos y dominan imperios.

—Pues en estas tierras arrojan de su presencia a los insolentes.

—No será así, cuando todavía os tolero — expresó con calma *el Pintado*—. En estos momentos represento a mis soberanos, soy

ellos mismos, y vos no habéis pasado de cortesano. Me retiro a mi posada, cuyas señas os dará mi señor don Juan de la Cosa, si se las pedís, y allí aguardaré la hora que el rey de Portugal se digne señalarme para la audiencia que tuve el honor de pedirle. Que Dios os guarde.

Y *el Pintado* con aire de matamoros saludó profundamente al mayordomo y salió de la estancia.

Regresó a su posada, convencido de que no pasaría la jornada sin recibir un aviso del alcázar.

No se engañó, porque a primeras horas de la tarde, un paje le trajo la noticia de que el soberano le recibiría a las cinco en punto.

El Pintado no cupo en sí de gozo. Aun cuando era incapaz de complacerse en la humillación de nadie, aquella doble lección de su soberana al cortesano y al propio rey, le sabía a gloria.

Y alisando en lo posible su hirsuta cabellera a fuerza de pomada, bien retorcidas las guías del bigote, y taconeando lo mismo que un cabo de escuadra, salió del mesón para acudir con matemática puntualidad a la hora acordada por el monarca.

Este le tuvo de plantón más de media hora, pero al fin un ujier le invitó a pasar a la real cámara.

El rey don Manuel estaba sentado junto a una gran mesa recargada de adornos, que por cierto contrastaba con la hermosa sencillez de los muebles del salón de audiencias de la reina de Castilla.

El monarca miró asombrado al flamante emisario.

—Hablad — dijo lacónicamente.

—Con permiso de Su Majestad — dijo *el Pintado* sacando de su justillo el real pergamino—. Mi soberana, doña Isabel I de Castilla, que Dios guarde, me ha ordenado entregar a Vuestra Majestad este pliego escrito y firmado por sus reales manos.

El rey lo tomó silenciosamente.

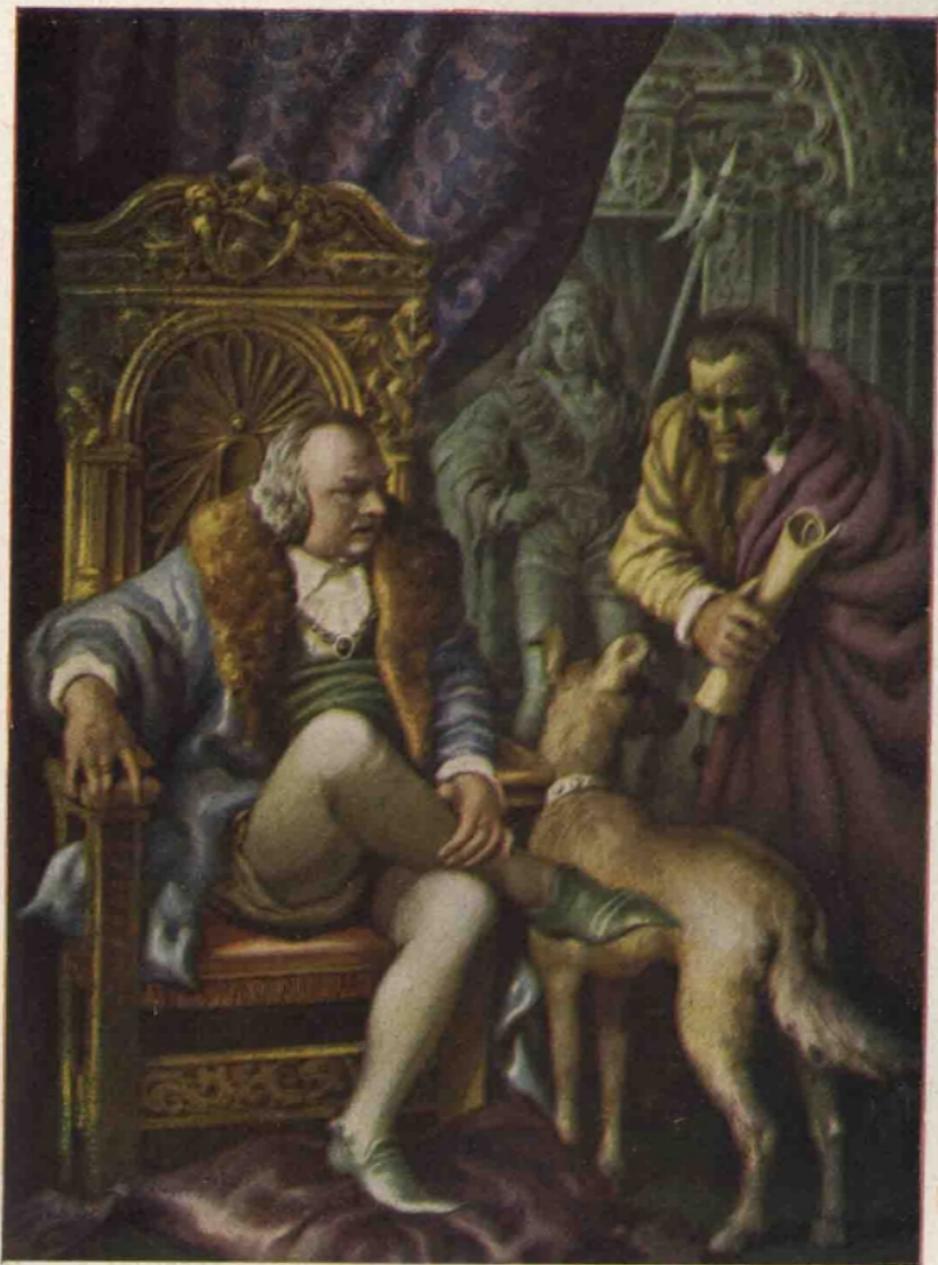
Rompió el sello y lo leyó de corrido. Después quedó meditabundo y palideció intensamente.

Sucedieronse unos instantes de embarazoso silencio, y de torvas miradas al enviado.

Los ojos de don Manuel se fijaron de nuevo en el rostro del embajador y sus labios se entreabrieron para decir algo. Sin embargo, hizo esfuerzos para vencerse a sí mismo y fijó la mirada al suelo.

El Pintado permanecía erguido, como de una pieza, aguardando impávido lo que pudiese ocurrir, resuelto a no demostrar la más pequeña debilidad.

Apoyó el rey un codo en la mesa y la me-



—Hablad—dijo lacónicamente.



jilla en la palma de la mano. Meditó de nuevo, volvió a mirar al flamante emisario, esta vez sin odio, y ahogó un suspiro de resignación. Luego hizo seña a un secretario que contemplaba impasible la escena, y este se acercó.

Dióle instrucciones en voz baja, el secretario llegóse a una mesa, en la que había recado de escribir, y trazó unas líneas que luego llevó a la firma del soberano. Puso éste su nombre en el documento, lo cerró, y tendiéndolo al *Pintado*, le dijo secamente:

—Tomad. Podéis retiraros.

El Pintado tomó el pergamino hizo una profunda reverencia y salió de la real cámara. Llevaba la orden de poner en libertad a su amo, pero como nada se le dijo, fuése malhumorado a la posada y se encerró en su habitación. Aquel final le había desconcertado.

La calma de los reyes le resultaba más humillante que la ira de los cortesanos.

Había entrado en el palacio real prometiéndose una escena violenta, algo pintoresco, provocado por el monarca, dejándose dominar por la irritación y el despecho, y al final resultaba que la dignidad de aquél, su sangre fría y el dominio sobre sí mismo en el momento supremo, se había convertido en humillación para él.

Cuando se figuraba haber alcanzado la suprema cumbre para tratar a un monarca de igual a igual, éste le despedía secamente sin darle satisfacción alguna. y se veía obligado a marcharse bajando la cabeza, llevando un pliego cuyo destino, no se le había indicado.

También don Manuel de Portugal sabía desempeñar su augusto papel cuando lo creía conveniente.

Y en tales divagaciones transcurrieron las horas y sonó el toque de queda en los campanarios de la ciudad.

Recordó la noche que, después de aquel mismo toque, había conseguido ver y hablar a su señor.

¿Se prolongaría mucho su encierro? ¿No daría su brazo a torcer ni aun con la misiva, el hermético monarca?

De pronto sonaron dos golpes en la puerta, y *el Pintado* levantándose precipitadamente, la abrió de par en par.

Un caballero entró en la estancia y le dió un abrazo.

El Pintado lo olvidó todo, salió de su pecho un grito de júbilo y asomaron a sus ojos dos lágrimas.

El recién llegado era don Juan de la Cosa.

—¿Libre? — preguntó alborozado *el Pintado*.

—Y con todos los honores — contestó don

Juan—. Pero al rayar el alba, partimos para nuestra Castilla. Los enfados de los reyes pueden emponzoñar el aire, y el ambiente de Portugal no tardaría en hacerse irrespirable para nosotros. Te has portado correctamente, con la mayor lealtad e inteligencia y ahora cuéntame cómo ha sido todo esto. *El Pintado*, refirió a su señor, cuanto había hecho y cómo la reina le había mandado volver con un pliego.

La misiva que había producido el mágico efecto de abrir como por encanto el calabozo de don Juan de la Cosa, tan lacónica como expresiva, decía: “Os envié un caballero de embajador para evitar los abusos de vuestros navegantes. Le hicisteis encarcelar. Os envío ahora a un villano, pero a quien elevé a la categoría de embajador, para que libertéis al primero, dándole las excusas a que tiene derecho. Si os empeñáis en obrar contra lo que es costumbre en las naciones cristianas, me veré obligada a buscar otro embajador de diferente naturaleza.

Isabel.”

PRECURSORES DE COLON



ISABEL *la Católica* quedó gratamente impresionada cuando se enteró por el mismo Juan de la Cosa del feliz término del enojoso incidente, solución que tan alto dejaba el prestigio de su real autoridad. No hizo comentarios; sonreía, dió a besar su mano al *Pintado*, le regaló una bolsa llena de doblones de oro, y se quedó a solas con el ilustre navegante.

Transcurrieron algunos meses.

Cierto día, cuando menos lo aguardaba y en ocasión de que el tedio comenzaba a invadirle, viéndose obligado a la inacción, recibió Juan de la Cosa un aviso de la soberana, reclamándole al alcázar.

Acudió inmediatamente el marino, y la reina tuvo con él una larga audiencia.

Era preciso contrarrestar las expediciones portuguesas y, sobre todo, adelantarse a las actividades del vecino reino. A tal fin le encargó una exploración de las tierras e islas de las Perlas, golfo de Urabá y otras regiones que no habían sido visitadas todavía por Cristóbal Colón ni por las naos del rey de Portugal.

Cuando al día siguiente recibió el nombramiento, éste decía: *vos facemos nuestro capitán de los dichos navíos e gentes que en ellos fuesen a vos el dicho Juan de la Cosa.*

Abandonó al día siguiente la ciudad de Segovia. Empezó el camino de Madrid donde se detuvo varios días, siguiendo luego hacia Córdoba y Sevilla, acompañado de sus criados que se alegraban de tener ocasión en breve de ver el mar, que para ellos, era la vida. Cerca del Puerto de Santa María, se les juntaron viejos amigos encantados con el nuevo viaje ordenado a su jefe Juan de la Cosa que había sido confirmado en su cargo de Alguacil Mayor de Urabá.

Terminó de la Cosa rápidamente sus preparativos y poco después se daba a la mar, tripulando su nave capitana y a sus órdenes los dos buques restantes, que habían de ir en

conserva con el suyo. Dió a los capitanes las instrucciones precisas, del rumbo, lugares de escala y para el caso de dispersión, el de reunirse que había de ser en las Bocas del Orinoco, es decir, en la parte oriental de la Costa de Tierra Firme.

Así obraba siempre; rápidamente y con instrucciones concretas y sabias.

Así proyectado el viaje con otros colegas—dice Oviedo en su *Historia de las Indias*—pasaron con cuatro navíos a la costa de Tierra Firme, Juan de la Cosa como capitán general, y Julián de Ledesma, vecino de Sevilla, como capitán de una de dichas naos.

Conociáse a la sazón con el nombre de Tierra Firme la costa septentrional de la América del Sur, o sea la comprendida entre las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá, por manera que dicho litoral comprendía todo el de Venezuela, que, más adelante, al formarse la Nueva Granada, se dividió en las provincias de Veragua, Panamá y Darién.

Formaban la expedición, como hemos dicho, tres carabelas, naves largas y estrechas, con tres palos sin cofas, una sola cubierta, espolón o proa, popa llana y velas latinas. Eran embarcaciones muy ligeras, de pequeño calado, y esto les permitía aventurarse por las costas y realizar navegaciones lo mismo en alta mar que por el litoral.

Sin embargo, los viajes ultramarinos resultaban desesperantes por lo lentos. Los buques de vela eran pesados, cabeceaban y apenas cortaban las aguas. La marcha con buen viento, apenas si pasaba de cinco millas por hora, con vientos contrarios se retrasaban enormemente, y con calma chicha se comprende quedaban los barcos parados por completo.

La expedición zarpó de España, y después de arribar a la Gran Canaria y renovar en ella sus pertrechos de agua y leña, prosiguió su viaje, dejando las islas de Guadalupe y San Juan a sotavento de la parte del norte y alcanzando tierra en la isla de Margarita.

Al reanudar la travesía camino del golfo de Cumamá, sobrevino una de las desesperantes calmas chichas.

El calor apretaba como en un horno, y soldados y marinos se hallaban en estribor, tendidos acá y allá, bajo las escasas sombras que proyectaba la obra muerta.

Una noche, bajo el estrellado cielo, en el que destellaban diamantinas constelaciones engastadas en un inmenso tapiz de terciopelo azul, Juan de la Cosa disertó sobre las expediciones al Nuevo Mundo que habían precedido a Cristóbal Colón, para entrete-

ner el tedio de su gente y darles algunos conocimientos, que bien necesitaban.

Corría el año mil — comenzó — y toda la Europa había llegado al último grado de la miseria y del abandono. Falsas profecías pronosticaban el fin del mundo, y los hombres desalentados, habían dejado de trabajar, abandonando por completo sus actividades. El hambre se enseñoreó por doquier, y los que no se resignaban a perecer, llegaron al incalificable extremo de devorar carne humana. En las encrucijadas desiertas de los caminos intransitables, se armaban celadas, y los hombres convertidos en fieras, se cazaban mutuamente como hoy se cazan ciervos y venados.

Al norte de Europa habitaba, no obstante, un pueblo primitivo, los normandos, los cuales no se preocuparon sin duda de aquellos absurdos infundios, y no interrumpieron las expediciones marinas en pos de remotísimos países, a que con ciego entusiasmo se dedicaban.

Uno de los jefes normandos, llamado Erico *El Rojo*, a causa del color de su larga cabellera, se retiró a Islandia con su padre, para evitar el castigo de un delito de sangre, y poco tiempo después se vió obligado asimismo a huir de Islandia por otro crimen parecido. Navegando en dirección sudoeste, descubrió

un vasto continente, al que dió el nombre de Groenland, que quiere decir *país verde*.

Más tarde, el hijo de Erico, llamado Leif, se trasladó a la corte del rey de Noruega, llamado Olaf, se convirtió al cristianismo, regresó a la Groenlandia con misioneros, y fundó conventos y el primer obispado.

Un islandés llamado Bejarne, habiendo querido reunirse con su padre, amigo de Erico, en Groenlandia, fué arrojado por una tempestad al sudoeste, donde divisó un país fertilísimo. Alejado por las tempestades, Bejarne no pudo desembarcar en aquellas costas y fué llevado a la Groenlandia, donde refirió a Erico cuanto había visto.

Erico entonces, equipó una nave tripulada por treinta y cinco hombres, a los que puso a las órdenes de su hijo Leif. Este se dió a la vela y descubrió primeramente muchos países que, sin duda, estarán situados mucho más al norte de Tierra Firme, aguardando quien les visite por segunda vez y tome de ellos posesión en nombre de algún soberano europeo como nuestros reyes están haciendo con las tierras que vamos descubriendo.

—¿Y no siguió adelante la exploración de Leif? — preguntó uno de los oyentes.

—Avanzó hacia el sur, descubrió una comarca poblada de bosques, a la que llamaron Mariland, y prosiguiendo el avance, llega-

ron a otra comarca también de rica vegetación y clima más dulce, en la que invernaron. Un germano que acompañaba a los expedicionarios, llamado Tirki, aventuróse a explorar más adelante todavía, y al regresar reveló que había visto uvas y vides en cantidades formidables. Quiso Leif comprobarlo, y resultaron exactas las afirmaciones, hasta el punto de que, cargaron con aquéllas un gran bote, las condujeron a Groenlandia y Leif bautizó la comarca con el nombre de Vinland, que quiere decir *país del vino*.

Al año siguiente, emprendió otra expedición a las nuevas tierras, el hermano de Leif, llamado Thorwaldo, acompañado de treinta hombres y en el mismo buque de la exploración anterior. Recorrieron el litoral del sur, rodeado de islas, con hermosas selvas, completamente desiertas, a excepción de una más al oeste, en la que hallaron una choza, construída con leña seca.

Exploraron después en dirección al este, llegaron a un promontorio que llamaron Kialarnes, y atravesando una bahía, abordaron otro cubierto de bosques. Desembarcaron, buscaron sitio a propósito para levantar una choza, y cuando se disponían a volver a bordo, vieron tres botes construídos de pieles, con un hombre escondido en cada esquife.

Trabóse una lucha, mataron a dos de aquellos indígenas, y el tercero logró escapar. Los exploradores volvieron a su buque y se entregaron al sueño. En realidad, estaban rendidos de cansancio. No obstante, les despertó una gritería horrisona y se vieron bloqueados por una multitud de botes como los precedentes, atestados de hombrecillos, que les dispararon nubes de flechas y huyeron después precipitadamente.

En la refriega cayó Thorwaldo mortalmente herido de un flechazo, y moribundo ya, aconsejó a sus compañeros que huyesen de aquellos lugares, pero pidió antes que le enterraran en el lugar donde el día anterior había elegido para levantar la choza.

Cumplieron los expedicionarios el ruego de su jefe, proveyéronse de leña, y regresaron a Groenlandia.

No se dieron los normandos por vencidos, y emprendieron una nueva expedición al mando de Thorstein, tercer hijo de Erico, con la principal misión de recoger el cadáver de Thorwaldo.

Thorstein murió por el camino, pero su viuda se casó con Thorsfinn, otro de los caudillos, y organizaron una nueva expedición con cerca de doscientos compañeros a los cuales acompañaron sus esposas.

La exploración constaba de tres buques

con gran cantidad de víveres y animales domésticos, y después de algunos días de navegación, llegaron a las nuevas tierras.

Desembarcaron, y para explorar el país de avanzada, enviaron a dos escoceses que se distinguían por ser infatigables andarines.

Tardaron los exploradores tres días en regresar, y volvieron con manojos de espigas de trigo silvestre y hermosos racimos de uvas.

Prosiguió el avance la expedición en conjunto y abordaron en una isla, donde se hallaron con inmenso número de patos silvestres de finísimo plumón, en cantidad tan formidable, que no podían andar sin pisar los huevos de los mismos, que cubrían el suelo por todas partes.

Invernaron en dicha isla y prosiguieron la expedición a la primavera siguiente.

Navegando en dirección al sur, dieron con la desembocadura de un río, siguieron osadamente el curso del mismo, y llegaron a un lago cuyas orillas estaban cubiertas de trigo silvestre, con unas colinas coronadas de vides. La caza abundaba por doquier y en las aguas corrían innumerables peces.

Estableciéronse en aquellas riberas, levantaron chozas y construyeron rediles para el ganado, que de día pastaba en los abundantes prados naturales.

Llegó el invierno, pero tan benigno, que no

nevó nunca, y al comenzar la primavera se vieron un día sorprendidos por los indígenas que subieron por el río en botes de cuero como los de los salvajes que habían asesinado a Thorwaldo.

Eran aquellos indígenas de color atezado, cabellos crespos y pómulos salientes. Quedaron como aturridos al ver a los normandos, mostráronse temerosos y se alejaron sin hostilizarles.

Transcurrió otro año sin que se presentasen de nuevo, pero al fin llegaron en gran número, hasta el punto de que los negros botes de cuero cubrieron materialmente el lago.

Procuraron los normandos tranquilizarles, lo consiguieron, y entablaron negociaciones de trueque y cambio de objetos de colores chillones contra pieles que ofrecían los indígenas.

Entablóse entre unos y otros una franca amistad, pero cierto día ocurrió un incidente que, después de todo, no tuvo consecuencias.

Uno de los toros de los normandos se puso a mugir, y fué tal el pánico de los indígenas al oírlo, que volviendo a sus botes se alejaron a fuerza de remos y no parecieron por allí sino al cabo de muchos días.

Entretanto, Gudrid, la esposa de Thorsfinn, dió a luz un niño, al que pusieron el



Estos se defendieron y se entabló...

nombre de Snorre, y es quizá el primer blanco que nació en esta parte del mundo.

Los indígenas no volvieron a presentarse sino transcurridos muchos meses, pero esta vez su actitud fué todo lo contrario de las anteriores. Llegaron armados de largos palos con aguzada punta, endurecidos al fuego, y atacaron a los normandos.

Estos se defendieron y se entabló un mortífero combate. También por primera vez manchó el suelo del Nuevo Mundo la sangre de blancos y cobrizos, en fiera lucha. Los normandos comprendieron que su situación en el país se haría insostenible, y al final regresaron a sus tierras.

Así terminó su relación Juan de la Cosa, ante el religioso silencio de sus hombres, que la escucharon embelesados.

—Y decidme, capitán — preguntó uno de los oyentes—: ¿no se sabe de otros que hubiesen abordado a estas tierras antes de Cristóbal Colón, aparte de los normandos?

—Sí, por cierto, y en tiempos relativamente cercanos a los nuestros. Si no mienten las referencias, hará cosa de un siglo.

—¿No nos contaréis quiénes fueron y qué les ocurrió? — preguntó uno de los contra-maestres.

—Repetiré lo que me refirieron personas

sensatas, que a sabiendas no mancharan sus labios con mentiras.

Un clamoreo pidiendo la narración, obligó al buen piloto a referirla.

—Vivían a finales del siglo XIV en Venecia, los hermanos Nicolás y Antonio Zeno, de ilustre estirpe, muy valerosos y muy buenos cristianos, temerosos siempre del Señor y devotos de nuestra amorosa madre la Santa Iglesia.

Nicolás hizo un viaje al norte de Europa en un buque armado a su propia costa, con el propósito de visitar Flandes e Inglaterra. Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone, y una tempestad le hizo perder el rumbo y anduvo por el mar, extraviado, días seguidos.

No se calmó el mar embravecido, y al final las olas lanzaron el buque contra la costa de una isla al norte de Europa, y fortuna fué para los tripulantes que pudiesen contarle.

Los naturales les apresaron, les redujeron a la esclavitud, y un reyezuelo de otra isla, llamado Zichmni, les rescató, tomándoles a su servicio. Nicolás Zeno escribió a su hermano Antonio dónde se hallaba, le refirió a la vez su odisea, y éste marchó a reunirse con él.

Hallábanse ambos hermanos en Friseland, nombre de la isla, cuando llegó a la misma

un marinero que hizo una revelación sensacional.

Según dicho marinero, veintisiete años antes, había salido de Friseland en una expedición de pesca, les había sobrecogido un temporal, y de cuatro botes que formaban aquélla, sólo se había podido salvar el suyo, por manera, que con seis compañeros lograron refugiarse en una isla distante unas mil leguas, llamada Estotiland.

Los recogieron los indígenas y les llevaron a una hermosa ciudad, les presentaron al rey, y en vano buscaron la manera de entenderse. Sus idiomas eran tan distintos, que sólo podían hablarse por señas.

El soberano les puso en contacto con gran número de intérpretes, pero sin resultado alguno, y cuando ya desesperaban de poder entrar en más directa relación, se presentó un individuo, que precisamente había también abordado en la isla a consecuencia de un naufragio, y entendía el idioma latino.

Entonces pudieron hablar y entenderse merced al nuevo intérprete.

Aquella isla era admirable, con oro abundante, vegetación espléndida, una alta montaña en el centro, y cuatro ríos que nacían en la misma y la regaban completamente.

Había en la isla ciudades con edificios de piedra. hermosos castillos, y tenía una in-

dustria floreciente, beneficiándose los metales y elaborándose una sabrosa cerveza. Asimismo practicaban el comercio, particularmente con la Groenlandia, exportando grandes cantidades de brea, azufre y salitre, y si bien eran expertos marinos, desconocían en absoluto el medio de orientarse en alta mar.

El marinero les reveló el uso de la brújula, aprendido en Friseland, y maravillado el rey de Estotiland de aquella adquisición, decidió aprovecharla y organizó una expedición a una isla del sur, llamada Drogeo, al mando del antiguo náufrago.

Las tempestades hicieron perder el rumbo a la flotilla, los expedicionarios llegaron al fin a Drogeo en arribada forzosa, pero resultó que este país no era una isla sino un continente inmenso.

Sin embargo, los indígenas eran antropófagos, y al ver a aquellos desdichados, decidieron sacrificarlos para celebrar un bárbaro festín.

Tuvo el marinero la suerte de darles a comprender que era muy entendido en la pesca con redes, los caníbales para aprender aquella innovación que tantas ventajas podía reportarles, le perdonaron la vida, pero reduciéndole a dura esclavitud.

Según dicho marinero, los naturales de Drogeo eran rudos, crueles y andaban com-

pletamente desnudos. Sin embargo, más al sur existían otros pueblos mucho más civilizados, aunque practicaban sacrificios humanos en honor de sus dioses, que veneraban en colosales templos de piedra.

El marinero residió muchos años en el singular país, pasó a poder de diversos amos, hizo largas excursiones y, al final, recobró la libertad.

Llegaron por fin a las costas de Drogeo, unos botes de Estotiland; el marinero pasó al servicio de los tripulantes de los mismos en calidad de intérprete, y se inauguró un constante tráfico comercial entre ambos países. Por fin, consiguió regresar a Friseland, donde refirió su larga odisea.

Zichmni, el reyezuelo de la isla, decidió organizar una expedición y se llevó al marinero, para visitar los países descritos por el mismo. Sin embargo, aquél falleció y los Zenos se pusieron en su lugar.

La expedición fracasó, después de haber descubierto, no obstante, lejanos países, pero al final, las tempestades hicieron imposible la empresa.

—Y decidnos, capitán — se atrevió a preguntar uno de los marineros—: ¿Por qué motivos cayeron en el olvido semejantes exploraciones? ¿Por qué los reyes de Europa

no tomaron definitivamente posesión de esas tierras?

—Porque cada cosa tiene su momento y su oportunidad — contestó Juan de la Cosa. Las expediciones de los normandos cayeron en el vacío, porque Europa, hambrienta y desolada, había perdido todas sus energías, y cuando las recobró, las puso a contribución para llevar a término las Cruzadas.

—¿Y las posteriores, en la que intervinieron los hermanos Zeno?

—Porque, aun dado caso de ser ciertas, requerían un pueblo curtido en la lucha, acostumbrado al sacrificio, y pletórico de ideales. Un pueblo, en fin, como el nuestro, sediento de gloria y de expansión, después de haber echado del solar de su patria a los invasores, reconquistando el terreno palmo a palmo.

En realidad, las tierras a que se refieren las expediciones normandas y las citadas por los hermanos Zeno, corresponderían a la América del Norte y a las regiones mejicanas.

Y así pasó la velada de aquellos bravos lobos de mar, mientras llegaban nuevos riesgos y luchas.

LUCHAS CONTRA LOS INDIOS



UCIÓ el nuevo día, y la nave, hasta entonces inmóvil, comenzó a sentir las embestidas de unas rachas de brisa sudeste, que hacía restallar las velas.

El viento siguió soplando del mismo lado por espacio de dos horas, pero de pronto se formaron en el remoto horizonte unas nubecillas que llamaron la atención de Juan de la Cosa.

—¿Qué ocurre, capitán? — preguntóle uno de sus subordinados.

—Mirad, allá abajo — expresó Juan de la Cosa, señalando las nubes.

—Mal negocio — comentó el segundo.

—Apostaría que de aquí una hora estaremos más apurados que ahora.

—Y ganaríais, capitán.

Agua y cielo siguieron, no obstante, en calma. El mar, manso y tranquilo como una balsa de aceite, y el horizonte, despejado.

Sin embargo, la nubecilla pareció dilatarse, convertirse después en una faja que se extendió hasta el remoto límite donde se juntaban mar y cielo, y fué ensanchándose, ocultando el sol, hasta cubrir por fin todo el firmamento.

La mar comenzó a picarse, formáronse surcos en la uniforme superficie, y aparecieron grandes manchones de espuma.

Desencadenóse un vendaval horrible, el agua se volvió gris con cambiantes acerados y comenzaron a formarse gruesas olas.

Juan de la Cosa ordenó arriar algunas velas para disminuir en lo posible la superficie sometida a la acción del viento y estabilizar el buque, que comenzaba a cabecear.

Como había previsto, apenas había transcurrido la hora fijada, se presentó el temido ciclón, tan propio de aquellas latitudes. Aullaba el viento al pasar entre los mástiles, la embarcación cambió el rumbo popa al temporal y comenzó a bailotear sobre las olas, hinchándose éstas monstruosamente y replegándose después, formando formidables espirales. El mar antes tranquilo estaba ahora imponente y borrascoso. Juan de la Cosa, es-

taba con el piloto atento a la maniobra, al lado del timonel.

El temporal no amainó hasta el día siguiente, algo entrada la mañana. Enderezaron el rumbo y puesta la proa al sudeste consiguieron llegar al puerto de Cartagena, donde se hallaba el capitán Cristóbal García, hombre iracundo, bilioso, atrabiliario; sus subordinados no tenían mejor carácter, sino que encima eran ruines y traicioneros. Entre semejantes individuos figuraban hombres intrépidos y sanos de espíritu, pero con ellos se sumaban los aventureros. En general, eran poco sufridos para aguantar competencias ni rivalidades, y las inclemencias del tiempo, las penurias y la lucha constante contra la Naturaleza y los salvajes, les exacerbaban, haciéndoles insociables.

Hubo, por consiguiente, los inevitables choques entre los expedicionarios de Juan de la Cosa y los de Cristóbal García, y para evitar males mayores, aquél procuró proseguir cuanto antes su expedición.

Llegaron a la Isla Fuerte, pero los indígenas se opusieron a su desembarque y no hubo más remedio que hacer uso de las armas.

Los naturales iban bien armados. Usaban arcos potentísimos, con cuerdas fabricadas con tendones de animales de gran talla, y eran

una maravilla para hacer blanco. Sin embargo, nada pudieron contra las armas de los españoles, y éstos, al fin, consiguieron desembarcar.

Los indios se mostraban cada vez más agresivos y menos leales.

Internáronse los expedicionarios por el río grande de Darién y recogieron algunas piezas de oro labrado y trajeron en rehenes algunos indios.

Transcurridos algunos días, vieron una vela en el remoto horizonte.

¿Serían los portugueses?

Juan de la Cosa tomó sus precauciones, y la tripulación se preparó a luchar, con los ganchos de abordaje a punto.

Ansiaba batirse, buscando el desquite de los malos ratos que el rey de Portugal le había hecho pasar en Lisboa.

La nave fué acercándose paulatinamente, y vieron al fin que ondeaba en la misma el pabellón castellano.

Puestos al habla ambos capitanes, el de la nave recién llegada refirió una triste narración.

Cuando los expedicionarios se hubieron alejado de Cartagena, la nao de Cristóbal García, o sea la nave capitana, había chocado contra un escollo y se había ido al fondo del mar. La tripulación y las mercancías de le-

ño brasil que traía, fueron puestos a salvo en aquel otro buque.

Inmediatamente, en vista de las malas condiciones de la nave, que hacía agua por varios lados, se habían dirigido hacia donde presumieron que se hallaba Juan de la Cosa, para que, con su pericia de gran piloto, salvara la tripulación.

El capitán de la nave en peligro, se llamaba Monroy y era natural de Triana.

Juan de la Cosa olvidó las ofensas de aquellos hombres, tomó inmediatamente sus providencias y no vaciló en prestarles eficaz auxilio, a pesar de las malas condiciones de sus propios buques, que también estaban hechos una criba.

Se hallaban, por lo general, los buques expedicionarios, calafateados deficientemente, pues los arsenales españoles no bastaban a construir todos los que exigía la fiebre de aventuras a través de los mares, despertada a raíz del descubrimiento de América, que no lograba disminuir el riesgo, sino todo lo contrario. Cuantas penalidades y sacrificios referían los que regresaban, tanto más crecía el entusiasmo. Precisamente a tal propósito, sostuvieron Juan de la Cosa y Monroy, un interesante diálogo.

—Dijo en cierta ocasión Cristóbal Colón — expresó Juan de la Cosa—, que hasta los

sastres se metían a navegantes, y a pesar de sus acostumbradas exageraciones, aquella vez estuvo en lo justo. España en masa se siente exploradora, la abundancia es en perjuicio de la calidad, y en muchos casos la inepticia lo compromete todo.

Abundan los desdichados que se atreven a pasar el charco con cascarones de nuez, sin saber que en los mares tropicales existe una polilla que convierte en serrín incluso los buques más resistentes. La sed de aventuras y la fiebre del oro ciegan a muchos hombres que de permanecer en España cumplirían admirable papel en otros menesteres, y, en cambio, en estas tierras son lamentables nulidades que todo lo comprometen.

—Soy de la misma opinión, y a este paso, España se desangrará. Toda la población viril vendrá por estas tierras y aquélla quedará despoblada.

Como mejor pudieron, remolcaron la nave de Monroy, y con las de Juan de la Cosa intentaron conducir las a un lugar abrigado.

Desencadenóse inesperadamente uno de los furiosos temporales tan frecuentes en aquellas regiones, y sólo consiguieron llevar a dicho abrigo dos bergantines y un esquife.

Las restantes naves quedaron a merced de los elementos, perforadas como panales de

abejas, deshaciéndose lo mismo que tablas podridas.

Encapotóse el cielo, pareció que las sombras de la noche envolvían mar y tierra en la mitad del día, y la atmósfera, pesada y asfixiante hasta entonces, se desató, en un viento huracanado que derribó algunos de los mástiles de las embarcaciones. Entre el estrépito y el espanto, los pocos tripulantes que aun permanecían a bordo e intentaban en vano salvar lo que pudieran de los víveres y mercancías, tuvieron que ponerse en salvo precipitadamente.

Comenzaron a caer gruesas gotas que parecían de agua hirviente, no tardó en convertirse el aguacero en lluvia torrencial, y relámpagos seguidos incendiaron la atmósfera.

Las líneas quebradas de los rayos se dibujaban en el cielo, iluminándole de rojo con reflejos violados, retumbando los truenos con estrépito infernal.

Zarandeadas las naves abandonadas, subían sobre las olas altas como montañas y se hundían después en las simas formadas por aquellas, saliendo de nuevo como impulsadas por titánicos resortes.

Quedaron totalmente desarboladas, con la obra muerta destrozada, y una de ellas, después de un rayo deslumbrador al que siguió un trueno horrendo, apareció envuelta en lla-

mas. Salió un surtidor de fuego de su cubierta, oyóse un estrépito que no consiguió ahogar el ruido de la tormenta, y el buque se hundió, dejando sobre el mar revuelto, una fugaz estela de humo y llamas.

El rayo había encendido la Santa Bárbara.

La tormenta se prolongó muchísimo más de lo acostumbrado en aquellas latitudes, y los expedicionarios presenciaron mal abrigados en cuevas y debajo de rocas saledizas de la costa abrupta, como buque tras buque, se hundía la escuadra entera en los senos del Océano.

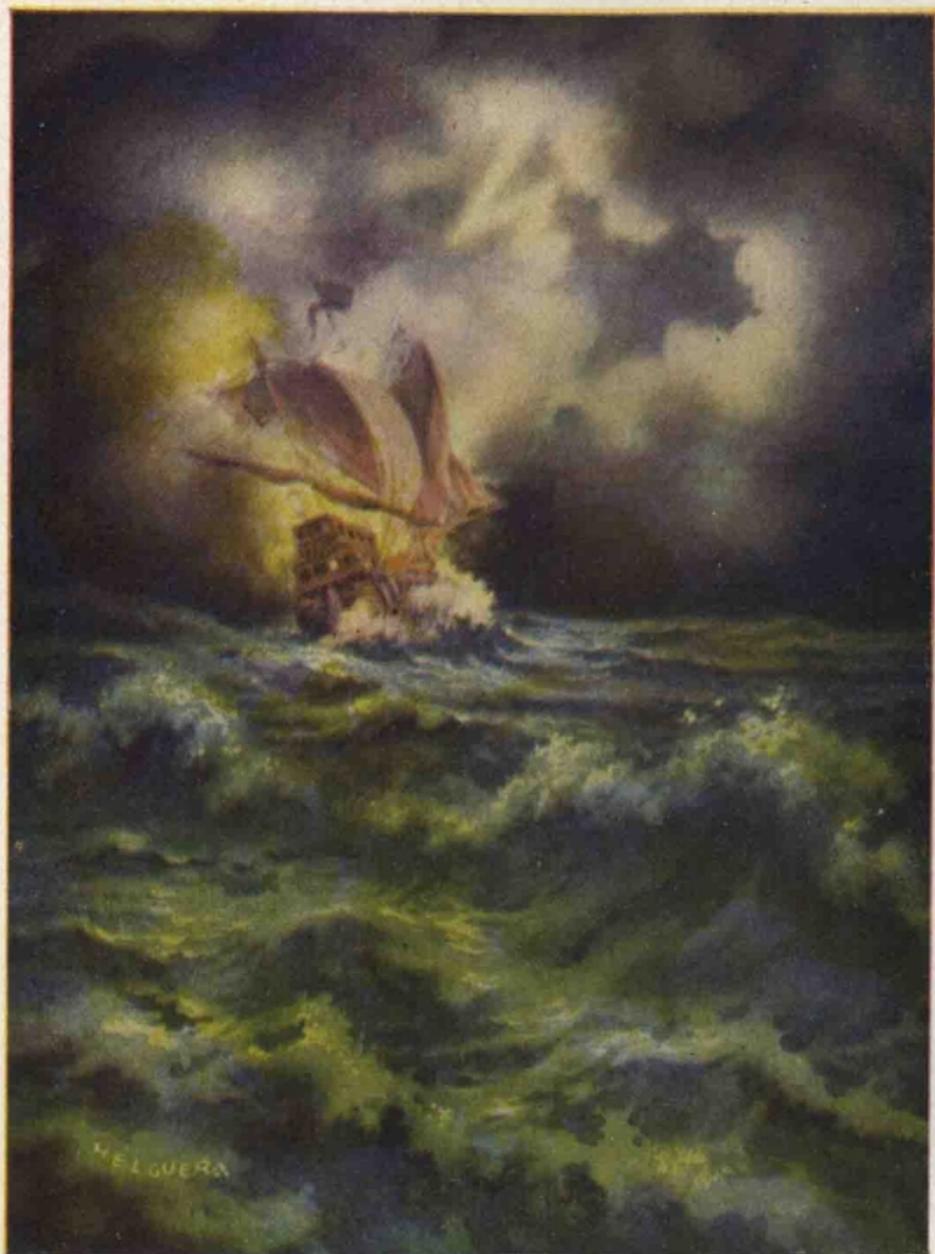
Al caer la tarde volvió a despejarse el cielo y brilló el sol momentos antes de ocultarse, lanzando unos rayos de matiz escarlata, como digna despedida de tan aciaga jornada.

Por fortuna, los dos bergantines y el esquiife, habían resistido el temporal, y aunque con algunas averías, seguían en el fondeadero a donde les habían conducido.

Sin embargo, no bastaban ni mucho menos para dar alojamiento a todos, que en considerable número tuvieron de quedarse al raso.

Juan de la Cosa ordenó montar toldos con los velámenes, para guarecerse los que no podían hallar albergue en los buques.

Más de doscientos hombres se vieron obligados a dormir en aquellas condiciones, sobre yacijas de musgo seco, en terreno que a



Salió un surtidor de fuego...

Juan de la Cosa se encaró valientemente con los más levantiscos.

—No seáis insensatos — expresó — ¿Para qué vinisteis a mi encuentro? Por simpatía, no seguramente, pues disteis pruebas en Cartagena de todo lo contrario. Sin duda sería porque pusisteis en mí vuestra confianza. Pues no os defraudaré, y os doy palabra de que saldremos de este infierno.

A partir de aquel momento, distribuyó en grupos a aquella gente, organizando los trabajos para tapar las vías de agua y recalafatear las naves. Por fortuna, la brea que cubría los cascos se había desconchado por efecto de los calores tropicales, por encima de la línea de flotación, pero la bañada por el agua se había conservado bastante bien.

Carecían de alquitrán, estopas y de planchas de madera, pero Juan de la Cosa consiguió improvisarlo todo.

Hizo cortar grandes cantidades de madera resinosa de las selvas vírgenes de los alrededores y formó con ella voluminosas piras que cubrió con tierra, poniendo cada una en comunicación por la base con pocillos abiertos en la misma tierra. Les hizo prender fuego, de la misma manera que se procede para obtener el carbón vegetal por los procedimientos rudimentarios, y la resina que fluyó de los troncos por el calor de la combustión, se convirtió

en brea, la cual se depositaba en los pocillos.

Improvisó la estopa valiéndose de unas piteras, cuyas pencas en maceración, fermentaron y se reblandecieron. Mediante unas ramas espinosas con púas de gran dureza, quitaron la parte leñosa reblandecida, y quedó únicamente la fibra, suave y flexible como el cáñamo.

Con las sierras y hachas de los talleres de carpintería de los buques derribaron árboles de gran diámetro y los convirtieron en planchas. Los clavos se utilizaron de los restos de los buques náufragos, que la marea había puesto en descubierto.

Antes de tres semanas, los bergantines estaban en disposición de hacerse a la mar, tomando la precaución de no alejarse de las costas.

Embarcaron un día al salir el sol, después de implorar la protección del Altísimo

Aquellos hombres parecían galvanizados, resistiendo el hambre que les devoraba y el cansancio agotador que les rendía. Sin embargo, la presencia de Juan de la Cosa, al que al fin habían llegado a profesar idólatra admiración, les daba alientos poco menos que sobrenaturales.

Estaban seguros de que con aquel hombre genial, lograrían vencerlo todo.

Consiguieron navegar algunas leguas, pero

no fué posible prolongar el viaje. Uno de los bergantines se llenó de agua y se hizo indispensable abandonarlo definitivamente.

La tripulación acampó en la playa.

Juan de la Cosa partió con algunos guías a enterarse de la configuración topográfica del país, particularmente para saber si era continente o isla.

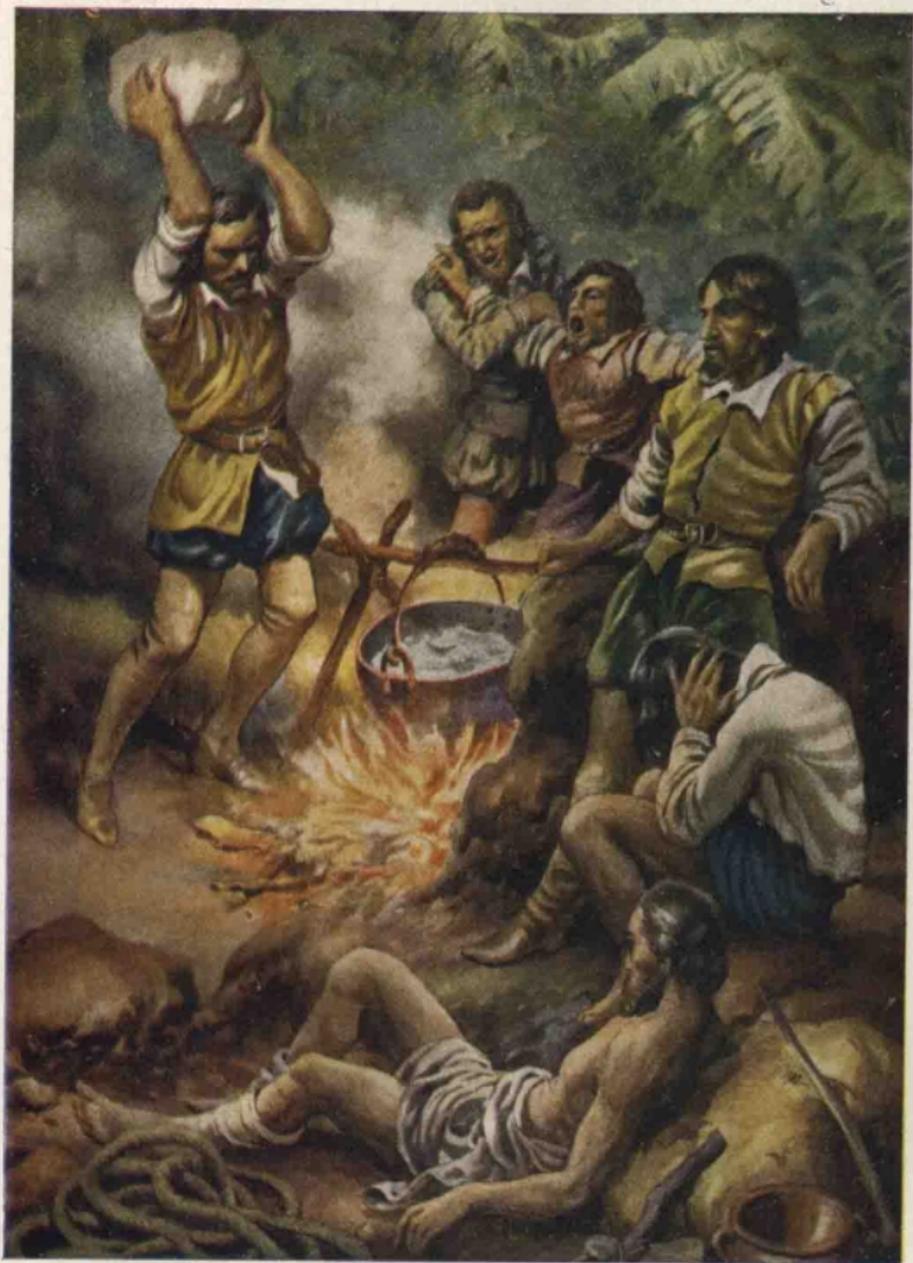
La desesperación había vuelto a hacer presa en aquellos desdichados. Los puños se contraían nerviosamente, los labios musitaban imprecaciones, los ojos relucían con brillo siniestro.

Al regresar Juan de la Cosa al campamento, vió a una muchedumbre rodeando una hoguera, por lo menos a juzgar por el humo que se levantaba en la mitad del amplio corro.

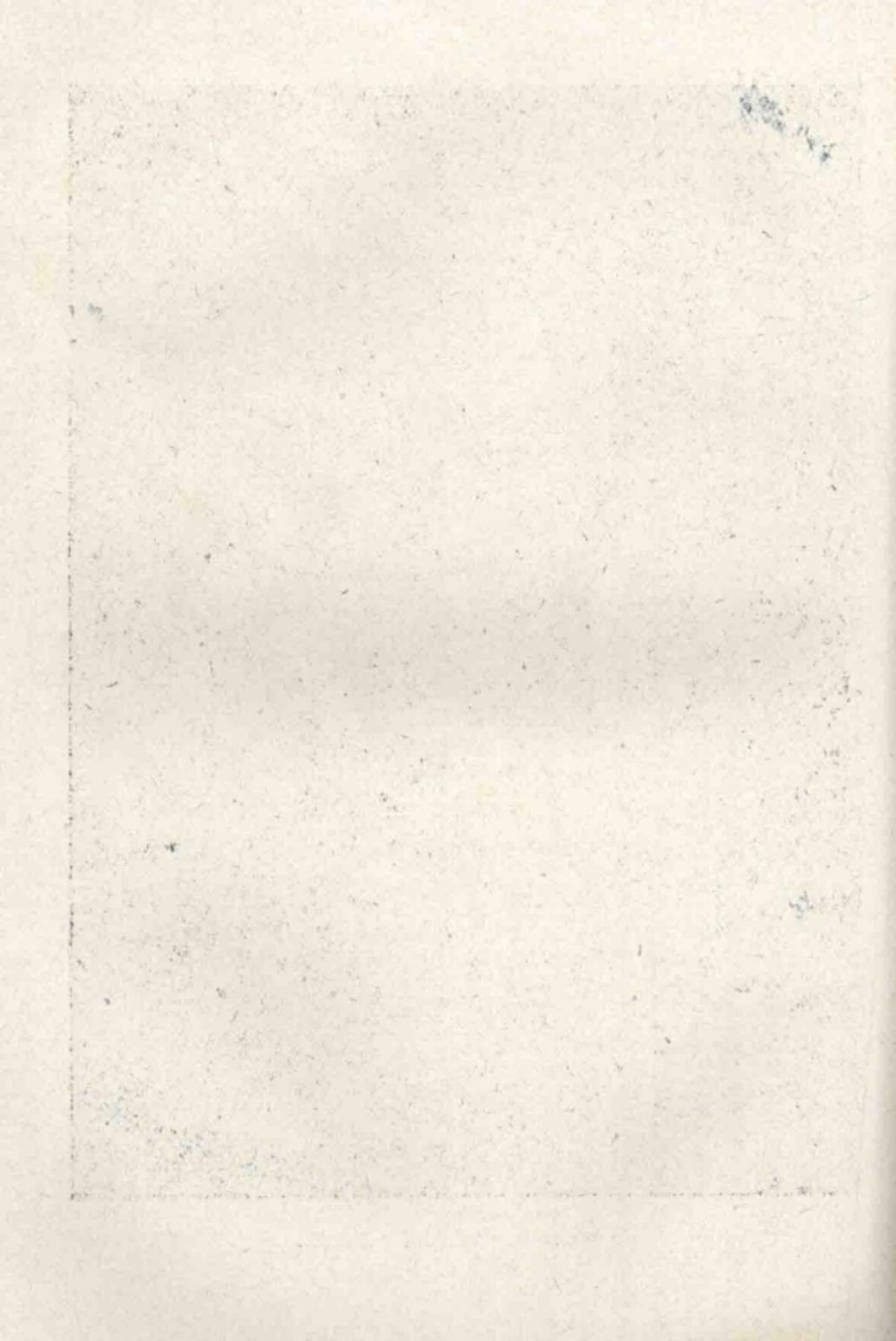
Fué a enterarse, y con gran sorpresa suya, vió una marmita colosal, sacada del bergantín que les quedaba, colgante de tres largas pérugas cruzadas formando pabellón, con fuego debajo.

Había ocurrido algo horrible, que sólo al recordarlo pone los pelos de punta.

Aquellos hombres al verse libres de la autoridad de su capitán, cegados por el hambre horrible, no habían vacilado en matar a un indio, y, según dice Herrera: "asaron el asadura e la pusieron a cocer mucha parte della



Y cogiendo una roca colosal...



para llevar que comer a los que en el batel iban”.

Juan de la Cosa se horrorizó, aun cuando comprendió en semejante extravío un acto de demencia producido por la desesperación.

Reprendióles severamente, echóles en cara las malas pasiones que cobijaban en su alma, cuando a semejantes prácticas se entregaban. Y cogiendo una roca colosal con ambas manos y levantándola a la altura de su cabeza, tiróla contra el caldero, que se volcó, desparramándose su repugnante contenido.

Decidió acto seguido abandonar aquel lugar, y, por fin, después de infructuosas tentativas, llegaron a unas tierras completamente desconocidas, pero habitadas, según dedujeron de seguros indicios.

Entre las enfermedades y la inanición, aquellos hombres habían quedado reducidos de doscientos a unos cincuenta. El resto, inválidos casi todos, se hallaban en el bergantín que seguía la misma ruta a lo largo de la costa.

Juan de la Cosa y Ledesma, al frente de unos treinta hombres, elegidos entre los más animosos, consiguieron llegar a varios poblados, donde al fin les facilitaron provisiones.

Entonces supieron que se hallaban en la Jamaica.

Despachó Juan de la Cosa al bergantín,

rumbo a la Isla Española. Antes de partir ordenó al capitán que volviera a recogerles para llevarse también a los que se quedaban.

Quedaron Ledesma y Juan de la Cosa con sus hombres, aguardando el regreso, más tranquilizados ya, con víveres y sobre todo la esperanza de gozar dentro de poco, el merecido descanso.

Sin embargo, al ver los indios su escaso número y reducido armamento, resolvieron asesinarles traidoramente.

Primero, buscaron la manera de captarse su confianza, y a tal fin se ofrecieron a servirles de guías por el camino, llevando las cargas y los animales, con la promesa, además, de proporcionarle abundantes vituallas.

Aquellos hombres duros y malencarados, capaces de todos los horrores en lucha abierta, no entendían en traiciones, y se mostraban ante las falaces promesas, cándidos lo mismo que inocentes niños.

Encantados con las promesas de los indios, aceptaron con alborozo.

Pusiéronse en camino, pero no tardaron a convencerse de que eran víctimas de una celada.

Comenzó a engrosar la limitada escolta, acudiendo indios de todas partes. La mayoría, por lo general tímidos y recelosos, no se recataban de lanzar osados gritos de guerra, y,

finalmente, en lugar de vadear un río, que era el camino más seguro, les hicieron desviar del mismo, intrincándose por selvas vírgenes.

—¿Qué le parece a vuesa merced? — preguntó Juan de la Cosa.

—Que nos engañaron como a unos bobalicones. Caímos en un cepo del que sólo un milagro puede sacarnos.

—¿Sólo un milagro?

—O un acto de audacia.

—Hablad, capitán — dijo Juan de la Cosa.

—Pues bien, lo que conviene hacer, si queréis que nos salvemos, es prender a los caciques que vinieron con sus gentes, y atarlos, para tenerlos como rehenes.

—¿Y a los otros?

—Matar los que podamos. Obrar de otra manera y sin prontitud, será perdernos. Conque señor don Juan de la Cosa, manos a la obra.

Comunicóse la resolución a cuantos les seguían, y éstos se dedicaron inmediatamente a buscar a los caciques o jefes de los indios, a punto precisamente de dar la orden de ataque a los expedicionarios.

Al ver los indios la detención de sus jefes, dejáronse invadir por el pánico y se dispersaron.

Conjurado el inminente peligro, pudieron

los españoles proseguir su camino hacia la costa, aun cuando los indios seguían en pos y asesinaban a cuantos rendidos por el hambre y los padecimientos, quedaban rezagados.

Por fin vieron el bergantín, que seguía bordeando el litoral, y después de poner en libertad a los caciques, llegaron todos a la Isla Española.

Juan de la Cosa regresó a la Península apenas repuesto de tan prolongadas fatigas.

En este viaje empezaron los indios a declararse abiertamente contra los españoles, sin que éstos propiamente les diesen justificados motivos, por manera, que refinando con el tiempo sus astucias y su carencia total de escrúpulos, justificaron la frase, recordada por Antonio Vascano, en su *Ensayo biográfico del célebre navegante Juan de la Cosa*: "*nacían sin honor, vivían sin vergüenza, comían sin asco y morían sin miedo.*"

LA TRAGEDIA



EN lo sucesivo, Juan de la Cosa se dedicó a comisiones oficiales.

Embarcó en mil quinientos siete, al mando de dos carabelas, para aguardar y convoyar las naos que venían de las Indias, perseguidas por los piratas y los portugueses. No existía otro piloto de más pericia, sangre fría y probado valor.

Había fallecido la reina Isabel, y su esposo, Fernando *el Católico*, decidió dar nuevo impulso a las exploraciones ultramarinas. A tal fin convocó en Burgos, a donde había traladado la corte, a los pilotos y cosmógrafos más entendidos del reino. Figuraron entre aquéllos, Juan Díaz Solís, Vicente Yáñez Pinzón, Juar de la Cosa y Américo Vespuccio.

Quedó acordado proseguir las exploracio-

nes por toda la costa sur del Nuevo Mundo y colonizar todo el terreno ya explorado, desde Paria hacia poniente.

Procedióse a aprestar cuatro carabelas, confiándose a Américo Vespucio el aprovisionamiento de las mismas.

Américo Vespucio se llamaba en realidad Amerrigo o Amerigo, nació en Florencia y sus padres fueron un negociante y una dama de alto linaje. Tenía su familia raigambre alemana, como lo denota su nombre, en germano Almerich y en francés Amaury. Debió su primera educación a su tío paterno, fraile dominico, que le enseñó con bastante fruto, gramática latina, geografía, cosmografía e historia, las ciencias primordiales de todo marinerero ilustrado de aquellos tiempos.

Al llegar a la edad de decidirse para alguna profesión, el joven Vespucio se dirigió a España en busca de fortuna. Dedicóse a empresas de especulación que le salieron bastante mal, y en mil cuatrocientos noventa y cinco trabajaba a las órdenes del banquero italiano Juanoto Berardi, uno de los que se interesaron por Cristóbal Colón antes del descubrimiento que le hizo célebre. Parece que se entablaron entre ambos francas relaciones de amistad, y Vespucio, agente en España de Lorenzo *el Magnífico*, árbitro de Florencia, siempre metido en negocios de gran

fuste, se cuidó de proveer las carabelas en las que Colón realizó su segundo viaje al Nuevo Continente.

Posteriormente comenzó sus exploraciones, una de las cuales realizó con Juan de la Cosa, trazando cartas de las mismas y publicándolas para divulgar su nombre por Europa. En este viaje precisamente, al que concurrió también Ojeda, realizado en mil cuatrocientos noventa y nueve, según Herrera se descubrió el continente americano o Tierra Firme, pero se olvidó de que ya Cristóbal Colón en uno de sus últimos viajes, había desembarcado en la misma.

Vespucio comunicaba las impresiones de sus viajes al duque de Médicis, cuidando de prescindir de cuantos le acompañaban, particularmente Ojeda y Juan de la Cosa, los más conocidos, para arrogarse la gloria exclusiva.

Más adelante, sirvió a Portugal, pero el rey Fernando el Católico le nombró cosmógrafo de la Corona castellana, sin duda para arrebatarse a los portugueses y estar en posesión de sus secretos planes. Finalmente, dicho monarca le hizo piloto mayor del Océano, usurpando dicho título a los herederos de Cristóbal Colón.

Las relaciones de los viajes de Vespucio se tradujeron a todos los idiomas, y en mil quinientos siete, dos años antes de ser nombrado

piloto mayor del Océano, un librero alemán, llamado Ficomilo, las publicó en latín.

En vista del éxito alcanzado por la publicación, Ficomilo propuso que se diera al Nuevo Mundo el nombre del autor de aquélla, y en mil quinientos veinte, en una carta de navegar publicada por Joaquín de Wat, se hizo parecida propuesta.

Así fué como las Indias Occidentales, Nuevo Mundo o Nuevo Continente, se denominaron América.

De las nuevas exploraciones proyectadas por Fernando *el Católico*, de cuyo aprovisionamiento se cuidó Américo Vesputio, salieron en mil quinientos siete, del puerto de Sevilla, Pinzón y Solís con dos naves, y Juan de la Cosa con otras tantas, llevando por pilotos a Martín de los Reyes y Juan Correa.

Seis fueron con ésta las veces que Juan de la Cosa atravesó el Océano, realizando el séptimo viaje en mil quinientos nueve.

Hizo rumbo a la Isla Española, llevando consigo doscientos hombres escogidos, que tripulaban una nao y dos bergantines.

La misión de Juan de la Cosa era para colonizar determinados parajes de Tierra Firme, y como fuese que para ello necesitara colaboración de un militar de probado valor y reconocido prestigio, que le ayudase a la vez con el concurso de sus tropas, en Santo Do-

mingo, se puso de acuerdo con Alonso Ojeda.

La vida de Alonso Ojeda a partir de cuando se separó de la Cosa en la expedición que hicieron juntos, fué una continua odisea.

Comenzó por asociarse con Juan de Vergara y García de Ocampo, con los cuales había de repartirse las ganancias, y resultaron dos *tunantes*. Llevaban cuatro embarcaciones y salieron del puerto de Cádiz en mil quinientos dos.

Hicieron escalas en Canarias, en Paria, Margarita y Cumaná, cautivando indígenas y apropiándose cuantos elementos juzgaban precisos para fundar más lejos todavía, una colonia. Ojeda rehusó esclavos, mantas, cueros y oro, que formaban la parte principal del botín, reservándose desinteresadamente tan sólo una simple hamaca.

Costearon la península de Goajira y desembarcaron en una ensenada, que llamaron de Santa Cruz y hoy se denomina Bahía Honda.

Fundaron una colonia, pero los socios de Ojeda se dedicaron a desvalijar los hogares de los indios de las cercanías, figurándose que, por el carácter pacífico de los mismos, aceptarían resignados semejantes expoliaciones.

Equivocados anduvieron y no tardaron en convencerse. Los indios les atacaron y les

hicieron imposible la estancia en aquellos lugares.

Ojeda, impetuoso siempre, se revolvió lo mismo contra sus colaboradores que contra los indígenas, y pretendió en vano someter a todos.

Vergara y Ocampo le atacaron un día a traición, le maniataron y le enviaron a la Isla Española.

Allí, juzgado por jueces parciales, acusado falsamente de haberse negado a pagar el quinto estipulado de sus ganancias, a la Corona española, le fueron confiscados todos sus bienes.

Hallábase en la Española, anhelando correr de nuevo aventuras, cuando desembarcó Juan de la Cosa con sus expedicionarios y le hizo proposiciones. Fueron las mismas aceptadas y acordaron solicitar del rey de España fundar una colonia en cualquier punto de la costa del cabo de la Vela.

Entonces les salió en el cortesano Diego de Nicuesa un temible competidor, solicitando poblar los mismos lugares.

Ojeda decidió como siempre dilucidar el asunto en singular combate, pero Juan de la Cosa intermedió como conciliador y logró que le tomasen por árbitro.

Después de prolijas discusiones, acordaron dividir el territorio en dos grandes regiones

separadas por el río de Darién, una al este y la restante al oeste.

Juan de la Cosa iba de lugarteniente de Ojeda, por más que éste sólo pudo aumentar la expedición con otro buque y unos cien hombres a duras penas reclutados.

Entre los mismos, no obstante, hubo dos que se distinguieron posteriormente y la Historia les inmortalizó: Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, que quizá afortunadamente para él y para las glorias españolas, se puso enfermo y no le fué posible embarcarse.

La expedición desembarcó en Cartagena, llamada a la sazón Calamar, para fundar una fortaleza.

No tardaron en presentarse los indios, pero en forma bien distinta de las anteriores expediciones. Blandían arcos y macanas y lanzaban estentóreos gritos de guerra.

Ya no eran aquellos infelices indígenas que quedaban despavoridos ante los conquistadores, arrojándose al suelo al contemplarles con sus arreos bélicos, huyendo al oír el estrépito de los arcabuces y considerándoles invulnerables y, por consiguiente, inmortales.

Conocían las flaquezas de aquellos hombres; su natural intuición les decía que eran tan mortales como ellos, tan débiles y tan

vulnerables. El trato frecuente les había enseñado a considerar que lo mismo podían imponerse los conquistadores con sus armas que ellos defenderse con las suyas.

Ojeda, aconsejado por Juan de la Cosa, pretendió reducirles con halagos. Antes que la pólvora y las balas, decidieron poner en práctica el embeleso, y les mostraron espejillos, cascabeles y las obligadas chucherías en trueque de las cuales daban los primitivos indígenas ricas mantas, hermosísimas plumas y hasta piezas de oro y plata.

Los indios, al darse cuenta, se sintieron irritados más todavía, ofendidos de lo que en su malicia consideraron un insulto a su altivez. Y por toda respuesta, se lanzaron contra los exploradores, con el arco preparado y las macanas en alto.

No les costó mucho a los españoles derrotar a aquellos indígenas soliviantados, pero los mismos se retiraron para dar cuenta a sus compañeros y volver a la carga con más coraje.

Los españoles se retiraron a los buques, decididos a emprender al día siguiente el ataque a fondo, tan pronto amaneciera.

Juan de la Cosa y Alonso Ojeda discurrieron sobre el particular, en el camarote del primero.

—¿Estáis bien decidido, señor don Alon-

so — preguntó de la Cosa—, a fundar la colonia en estos parajes?

—Absolutamente. ¿Disentís, vos, acaso?

—A mi juicio, sería lugar más adecuado, el golfo de Urabá, seguro refugio de las naves y puerto apropiado para todas las carabelas que lleguen a estas costas. Además, los naturales son mucho más pacíficos que los de aquí, cuya antipatía hacia nosotros parece inveterada.

—En cambio, estos lugares tienen una posición mucho más estratégica — dijo Ojeda—, situados como están entre los golfos de Urabá y de Maracaibo.

—Pero los indios — insistió Juan de la Cosa — que los habitan no nos demostraron jamás ningún sentimiento amistoso. Nos veremos obligados a permanecer constantemente velando y con las armas a nuestro alcance.

—Si les escarmentamos por anticipado, se pondrán blandos — dijo Ojeda—. Hoy se han atrevido, pero mañana a estas horas sabrán si les tiene cuenta proseguir en su actitud.

—Son de cuidado, señor don Alonso, y ya veréis cómo nos dan mucho quehacer.

Alonso de Ojeda se limitó a sonreír con aire de superioridad, y su interlocutor comprendió que insistir sería porfiar en balde.

Juan de la Cosa pasaba ya de los sesenta

años, pero se conservaba fuerte y sereno como siempre. Su inteligencia ayudada por la experiencia de sus numerosos viajes era más viva que nunca, se hallaba, por consiguiente, en la mejor época de su vida y en situación de rendir los mejores frutos.

En cambio, Ojeda, era el irreflexivo sempiterno, más temerario que en ocasión alguna, y jamás como entonces estaba decidido a resolverlo todo a cintarazos.

Aquella noche, Juan de la Cosa cenó como de costumbre, solo en su camarote.

—¿Estáis malo, señor? — preguntóle *el Pintado*, al ver que apenas probaba bocado—. ¿Estáis disgustado?

Los mismo *Romo* que *Pintado*, seguían a las órdenes del ilustre cartógrafo, y sus años de fieles servicios a la par que su lealtad acrisolada les permitía usar semejante confianza en el trato, que, por su parte, su amo toleraba muy a gusto.

—No, *Pintado* — contestó Juan de la Cosa—. Me siento bien.

—Pues no ponéis muy buena cara, y cualquiera diría que os entristece alguna pena.

—Estoy, en efecto, de mal humor — dijo Juan de la Cosa, con cierta amargura—. Esta empresa será un desastre.

—¿El capitán Ojeda se empeña en ella?

—Se empeña, y, lo peor, que no puedo di-

suadirle ni quisiera a ningún precio que pudiese pensar que insisto por miedo. Eso no, *Pintado*.

—No necesitaríais jurarlo. ¿Quién podría poner en tela de juicio vuestro valor? Sólo los cobardes, que suponen a todos los demás de su misma condición.

—Así ha de ser, pues sería injusto sacrificarse la vida entera para que por único fruto recogiésemos un calumnioso baldón de cobardía.

—Mirad, señor, también vuestro servidor tuvo a veces esos momentos tristes, que achacué a presentimientos.

—Tú acabas de decirlo, *Pintado* amigo. Presentimientos — expresó la Cosa, con cierta melancolía.

—Pues bien, después no me pasó absolutamente nada. En la vida, nos causan mucho más pesar los temores de algo que no se realiza, que de los males que nos asaltan, porque éstos, por lo general, llegan sin avisarnos.

—No está del todo mal semejante filosofía.

—Al contrario, mi querido señor. Yo en lugar vuestro, descansaría. Es posible que sin daros cuenta os rinda la fatiga, y el sueño es una de las mejores medicinas.

Juan de la Cosa encontró atinado el consejo de su fiel servidor.

Al quedar solo, llamó al segundo de a bor-

do, le dió órdenes y le despidió. Encomendóse a Dios, tendióse en el camarachón y apagó la candileja.

Después de revolverse por el lecho, consiguió dominar sus nervios y quedó dormido. Su sueño fué agitado y tuvo la impresión de que un anciano de luengas barbas surgía en el camarote, avanzaba hasta él y le tocaba en la espalda, como invitándole a seguirle.

Hacía esfuerzos para despertar, como dándose cuenta de que en realidad estaba soñando, pero no podía conseguirlo, y volvía otra vez la singular pesadilla.

Despertó al fin y tendió la mirada por toda la estancia. Al verla en realidad desierta y convencerse efectivamente que todo había sido un alucinación, respiró con alivio.

Convencido de que sus nervios seguían excitados y más valía levantarse, abandonó el lecho.

Vistióse lentamente y asomó la cabeza por una de las lumbreras.

Estaba amaneciendo. Las aguas tenían cambiantes verdes y violetas, con una faja azul en el remoto límite del horizonte.

Al salir el sol se verificó el desembarque de todas las tripulaciones.

Formaron las tropas en la costa misma; Ojeda les dirigió una corta arenga y les dió breves instrucciones, recalcando particular-

mente que deberían rehuir en todo lo posible la lucha cuerpo a cuerpo.

Disaribuyéronse las fuerzas en compañías y emprendieron la marcha hacia el interior, en un movimiento envolvente, considerando probable que hubiese indios apostados en las cercanías.

Hallábanse ya en plena selva, con árboles seculares y bejucos que pendían de unas ramas a otras como gigantescas cortinas. El suelo estaba empapado de humedad, cubierto de musgos y helechos, con repugnantes troncos relucientes y escamosos, de una blandura que, al pisarles, producían la impresión de ser de cuero macizo.

Eran serpientes boas, atiborradas, que dormían de tal guisa la digestión, completamente aletargadas.

Aquellos hombres que no conocían el miedo y que iban a batirse con igual tranquilidad que si se hallasen de paseo, volvían el rostro con asco y horror al ver a tales monstruos.

Los indios no parecían por parte alguna, y Ojeda se lo hizo notar a Juan de la Cosa.

—Lo mismo noto yo — contestó Juan de la Cosa—. Sin duda sería conveniente enviar unos exploradores para evitar todo riesgo de emboscadas.

Ojeda dió la voz de alto, y partieron algu-

nos veteranos acostumbrados ya a las tretas de los indios, para explorar de avanzada.

No tardaron mucho en estar de regreso.

Las noticias coincidían. Los indios estaban formados en pie de guerra a la otra parte de la selva, junto a sus poblados y con sus jefes al frente.

Alonso de Ojeda ordenó el avance inmediato. Anhelaba ir a tiros de una vez y despejar aquella angustiosa incógnita.

Salieron de la selva y se hallaron a la vista de las rancherías.

La tropa hizo alto, y Juan de la Cosa, que hablaba y entendía el lenguaje de aquellos salvajes por el tiempo que en sus distintos viajes había estado en contacto con ellos, intentó dirigirles la palabra.

Fué en balde, porque permanecieron impasibles, con la mirada fija y los arcos a punto.

Entonces intervino Ojeda.

—Don Juan, es inútil — expresó, dirigiéndose a su colega—. Voy a ordenar el ataque.

Los soldados no se hicieron repetir la orden. Sin embargo, olvidando los consejos que les había dado Ojeda al arengarles horas antes se lanzaron a un cuerpo a cuerpo, con las espadas desnudas.

Salió de las filas de los indios una nube de flechas.

Estas eran muy pequeñas, y si bien resul-

taban inofensivas las que daban en las corazas, producían la muerte si se clavaban en el rostro, manos u otras partes descubiertas, pues estaban envenenadas.

No tardaron los españoles en darse cuenta de su tremendo error, y obedeciendo las enérgicas órdenes de sus oficiales, se replegaron e hicieron uso de los arcabuces. Los estampidos comenzaron a atronar aquellos parajes. Pero las denotaciones que años antes ponían despavoridos a los indígenas, les irritaban ahora en lugar de intimidarles siquiera.

Convencidos de que no eran causadas por arte sobrenatural sino por industria humana, las desdeñaban como si con ellas no anduviese la muerte de pareja.

La lucha, que había comenzado desventajosa para los españoles, no mejoró para los mismos. Los indios, dotados de pasmosa agilidad, se subieron a los árboles, y pasando de unos a otros, hacían sus disparos, asaetando a sus atacantes con tremenda precisión.

Juan de la Cosa, que con tanta porfía había combatido la nefasta resolución de Ojeda de establecerse en aquel paraje, ahora que lo veía perdido todo, se batía como un león.

Parecía multiplicarse, corriendo de un lado a otro. Varias flechas fueron a clavarse en sus manos y en su rostro. Limitóse a arran-

carlas nerviosamente y prosiguió combatiendo.

Alonso de Ojeda era el león de todas ocasiones. Batíase con ceguera, sin medir el peligro, su espada no se daba tregua acuchillando enemigos, y la sangre de los mismos le empapaba materialmente todo el brazo.

Sin embargo, su ardor le llevó demasiado lejos y se vió solo y rodeado de indios, que al considerarle ya bajo los golpes de sus macanas, lanzaron estentóreos gritos de feroz alegría.

Ojeda hizo entonces maravillas con la espada. A tajos y reveses, fintas y molinetes, consiguió formar a su alrededor una valla de separación con los cuerpos que caían a sus golpes. El corro de enemigos le acosaba, pero él sabía rechazarles con la fiereza de un león.

A uno de los caciques que se atrevió a saltar por encima de los agonizantes que se revolcaban en su propia sangre, le hundió la espada por el entrecejo con tal brío, que le partió el cráneo cual si le hubiese clavado una cuña de un martillazo.

Más que un hombre, era Goliath redivivo, manejando una espada.

Pero, con todo, el círculo de la muerte se estrechaba, las hachas de piedra y las macanas de los indios llegaban casi al alcance de su cuerpo.

Entonces oyó una voz que gritaba: “Teneos un momento, señor don Alonso, que allá voy.”

Era de Juan de la Cosa, que desdeñando toda prudencia y dándose ya por muerto, pues estaba acribillado a flechazos, quería morir dignamente, salvando la vida a su jefe.

—Gracias, don Juan — dijo Ojeda jadeante—. Me salváis la vida.

Y Ojeda entonces, perdiendo la serenidad por primera vez en su vida, huyó a través de la selva, abandonando a su lugarteniente que con tal rapidez se había arrojado a salvarle.

Juan de la Cosa no pensó ni un momento en fugarse, sino en defenderse como los héroes homéricos, y con sus voces, que en tal ocasión más bien parecían toques de clarín, consiguió agrupar alrededor a ocho de los fugitivos.

Reanudóse la pelea. La sangre corrió otra vez a chorros y las espadas de los españoles se mellaron a fuerza de rajar. Se había apoderado de aquellos hombres el frenesí de la desesperación y se habían convertido en demonios de exterminio.

Pero los indios eran cada vez más numerosos, surgían como si brotaran de la tierra, cada vez con más bríos, con más tremendos alientos. Por cada muerto que caía, diez nuevos combatientes venían a substituirles.

Al fin Juan de la Cosa y sus heroicos compañeros se vieron acorralados, pero batiéndose en retirada consiguieron llegar a una choza, donde prosiguieron luchando como fieras caídas en un cepo.

El heroico marino vió morir a sus fieles servidores. *Romo* y *Pintado* perecieron a su lado, y sólo quedó en pie uno de los combatientes, que por milagro estaba todavía ileso.

—Ya que Dios te guardó, esfuézate y huye — le dijo Juan de la Cosa con voz expirante—. Ve a decirle a Ojeda, cómo me dejas al cabo. Huye... hermano... y que el Señor... te... proteja...

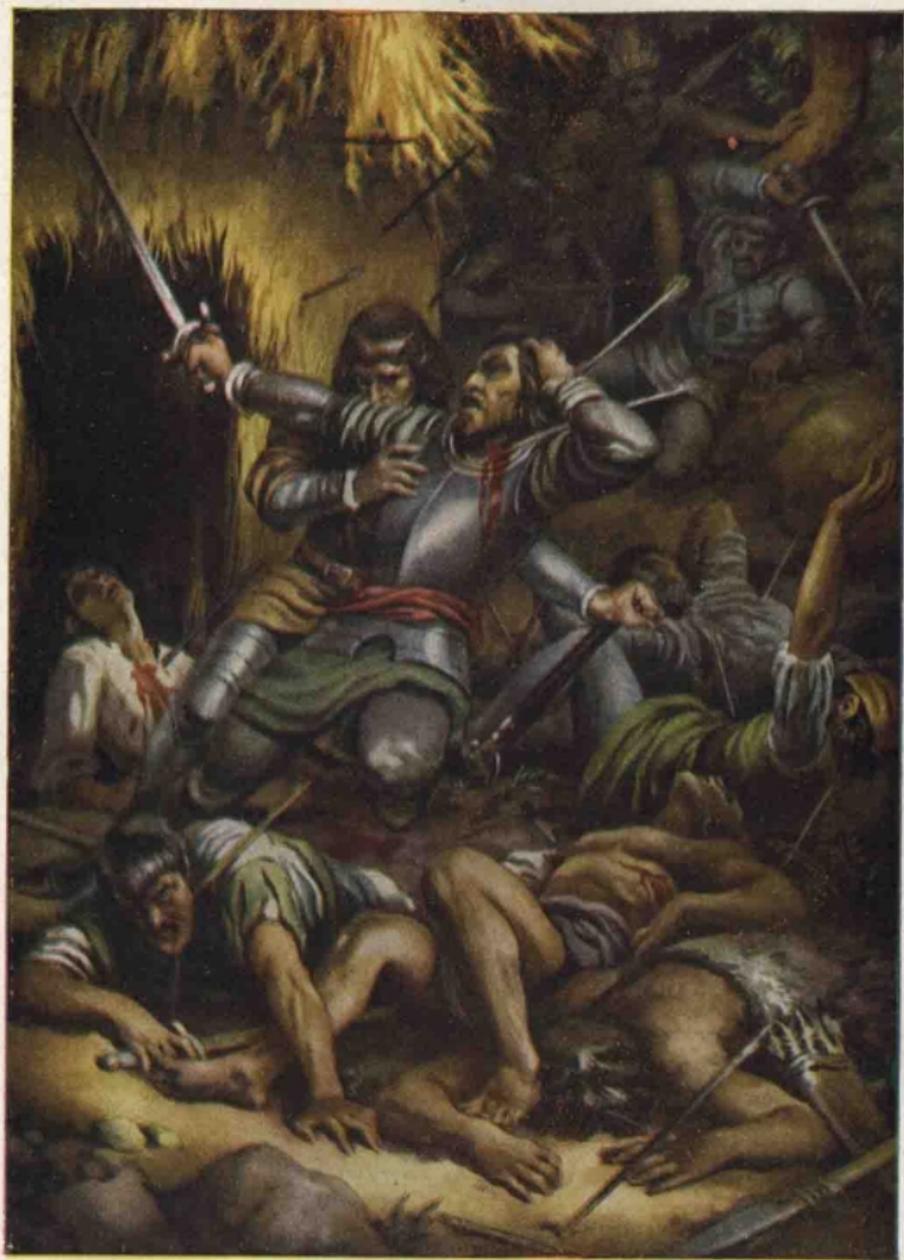
Pasó como una nube por delante de sus ojos, y cayó de bruces.

* * *

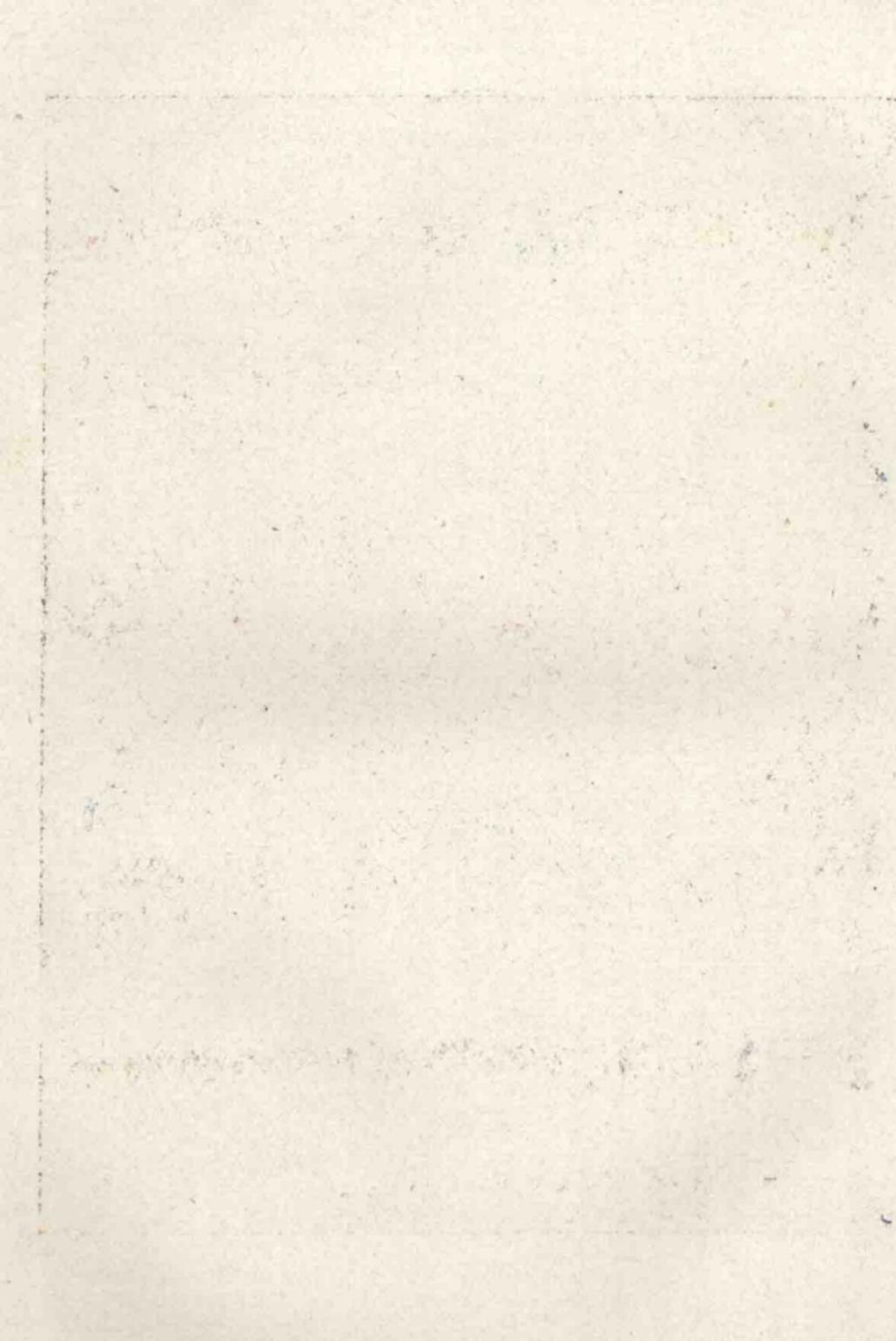
Al llegar Nicuesa, el antiguo adversario de Ojeda, a Cartagena, salieron a recibirle aquél y sus hombres.

Refiriéronle lo ocurrido, y al saber las infaustas nuevas, abrazó conmovido al capitán, ofreciéndole de paso ayudarle a buscar a Juan de la Cosa y castigar a los indios agresores.

Montaron ambos a caballo, y con cuatrocientos hombres en dos divisiones, sorprendieron de noche el pueblo de Turbaco, lugar de la catástrofe.



—Huye... hermano... y que el Señor...



Los indios estaban todavía ensañándose con los muertos y heridos, rematándoles y haciendo piras con sus cadáveres.

Al ver a los jinetes tuvieron verdadero pánico, pues no habían visto caballos y se figuraron que hombres y cabalgaduras eran todos de una pieza.

Los españoles hicieron una mortandad de indios y asolaron sus viviendas, vengando así a las víctimas inmoladas por la saña implacable de aquéllos.

Hallaron, por fin, el cadáver de Juan de la Cosa, tan acribillado a flechazos, que, según frase de uno de los cronistas del hecho, parecía un erizo. Estaba hinchado y horriblemente disforme, por efecto de las hierbas ponzoñosas que los dardos contenían.

Así pereció el ilustre cartógrafo, el varón generoso, sabio y desinteresado, cuya existencia fué constante ejemplo de virtudes, de modestia y de sereno valor.

VIII

EL MAPA DE JUAN DE LA COSA LA RUTA POR EL NOROESTE Y EXPEDICIONES AL POLO NORTE



EL Mapa mundi de Juan de la Cosa está delineado sobre pergamino, en dos pieles que, unidas por el eje menor, formarían un rectángulo de 1'83 metros de longitud por 0'96 de anchura, de no haber sido redondeada la parte superior con objeto de embellecer la forma y suprimir el espacio que habían de ocupar regiones desconocidas en la tierra firme. Este monumento geográfico bastaría para inmortalizar al gran marino, toda vez que su mapa mundi representa admirablemente las nociones conocidas en su tiempo, no sólo de las nuevas tierras del oeste, sino del conjunto del globo terráqueo.

Sirve de eje mayor al rectángulo que cons-

tituye el mapa, el trópico de Cáncer, llamado *Cancro* en el documento, con el punto cardinal oeste en el extremo superior, en el cual, tocando el arco del círculo que remata la figura, hay otro rectángulo pequeño a manera de cuadrado con marco. Contiene éste la efigie de San Cristóbal en el acto de pasar el río, apoyado en un pino y llevando en el hombro al Niño Jesús. Sin duda, la imagen de tal santo sería una alusión al nombre patronímico de Cristóbal Colón.

Han supuesto algunos comentadores, que el acuarelista puso a la imagen del santo las facciones del propio Colón. Esto sería interesante, pues quizá por tal recurso habría sido posible conseguir un retrato verdadero del descubridor de América y averiguar con el mismo, por comparación, cual será asimismo entre los diversos sobre cuya autenticidad discrepan los historiadores. Sin embargo, la pintura está tan borrosa, que apenas pueden distinguirse los rasgos fisionómicos.

Al pie del cuadrito de la imagen, figura una inscripción, que dice: "Juan de la Cosa la hizo en el Puerto de Santa María en anno de 1500".

Más abajo, en la línea del mismo eje, hay una rosa de la que parten diez y seis arrumbamientos, cuyo centro está adornado con una imagen de la Virgen, recortada de un graba-

do sobre papel, pegada en el pergamino e iluminada como las figuras restantes.

Sin duda el cartógrafo habría puesto en práctica el mismo procedimiento para el escudo de armas reales, del cual figura un cuadrado en la parte inferior, pero cuya grabado iluminado debió despegarse y se ha perdido.

Las figuras son minuciosas y están bien policromadas, abundando el oro en la pintura, pero no acusan un arte refinado. En cambio las leyendas son claras y hermosas. Están escritas con tintas de colores variados, particularmente las que se refieren a las partes del mundo, a la sazón Europa, Asia, Africa y Mar Océano. En todos los parajes de tierra adentro, cuyos espacios permitían un mayor detalle en la ilustración sin entorpecer los arrumbamientos del piloto, el dibujante puso señales en los puertos y capitales de importancia: catedrales, muros y castillos. En cada reino colocó la efigie del soberano en el trono, revestido de sus atributos. En Babilonia puso la bíblica torre; en los confines del Mar Rojo, la legendaria Reina de Saba, blandiendo una espada; en la región asiática, los Tres Reyes Magos, jinetes en sus caballos, camino de Siria, etc.

Asimismo están indicadas en el mapa mundi de Juan de la Cosa, las rarezas y maravillas que las narraciones de Marco Polo y

los geógrafos de la Edad Media asignaban a determinados países. Así, por ejemplo, en los países del extremo oriente, donde se suponían los dominios del Gran Kan, figura un hombre acéfalo, con los ojos en los pechos y la boca en el estómago, y otro con hocico de perro. Están indicados por los letreros: "R. Got" y "R. Margot", aludiendo quizá a personajes bíblicos, para llamarles de alguna manera, los cuales se figuró Colón haber hallado en su viaje primero, cuando exploró la isla de Cuba, que, por cierto, tomó por un continente y confundió con las tierras de Cipango y de Catayo.

Juan de la Cosa indicó en su mapa, mediante céfiros y a lo largo de las costas, la dirección de los vientos principales. Además retrató a las naos y carabelas de su tiempo según la nacionalidad respectiva, valiéndose, por costumbre, de las banderas para especificar la pertenencia y posesión de los puertos y de las islas.

Sería obvio ponderar la importancia de los servicios que prestó este documento geográfico no sólo a la historia sino a la arqueología y a la indumentaria, pues resulta un testigo gráfico, de incuestionable solvencia.

Finalmente, como complemento decorativo, al propio tiempo que para ayudar al cálculo

de las derrotas, parten líneas de distintos colores, de las rosas de los vientos.

Tanto Europa como Africa y una gran parte del Asia, están delineadas con rara perfección, teniendo en cuenta los conocimientos de la época. Es una perfecta representación del mundo explorado por europeos al finalizar el siglo décimo quinto.

Sin embargo — como muy acertadamente dice Fernández Duro—, lo que eleva el Mappamundi de Juan de la Cosa a categoría de monumento, es la representación de las Indias Occidentales en los momentos de su invención y primeros reconocimientos; es el trazado de las islas Antillas y de la Costa Firme americana, desde el río de las Amazonas hasta Panamá con aproximación a la verdad, que muestra y enaltece la pericia de los pilotos españoles en los días en que se puso esta piedra fundamental para la historia de sus expediciones marítimas.

Resulta curiosísimo el examen de los nombres primitivos que pusieron a los lugares descubiertos, en íntima relación con alguna circunstancia característica de los mismos. Así, los correspondientes al delta del Orinoco, se titularon *Costa anegada* y *Mar dulce*; otros en los cuales se hallaron veneros perlíferos, se denominaron *Costa de las perlas*; la *isla del Brasil* se llamó así por sus selvas de palo

tintóreo; la *Boca del dragón* debió tal nombre a la impetuosidad de la corriente que desemboca en la misma; las poblaciones del golfo de Maracaibo, construídas sobre pilotes, como los clásicos palafitos, constituyeron la costa de Venezuela, por alusión a la ciudad del Adriático, edificada asimismo entre lagunas. Y así, por análogos motivos, se describen en el mapa *la Isla de los gigantes, Cabo de la Espera, Isla de la Posesión, Río de vacía barriles, Cabo flechado, Río de la Holganza*, etcétera.

Es sorprendente y realza extraordinariamente el mérito de Juan de la Cosa, que éste estuviera enterado en mil cuatrocientos noventa y nueve, fecha en la que seguramente terminaría su trabajo, puesto que el mismo está fechado en mil quinientos, los viajes realizados por Sebastián Cabot dos años antes, con detalles suficientes para haber podido delinear la costa donde dice "Mar descubierto por ingleses" o sea el litoral de Nueva Escocia y Labrador, con denominaciones que han quedado en absoluto desuso: *Cabo de Inglaterra, Lisarte, San Jorge y Santa Lucía*.

Al propio tiempo es admirable que conociera también la figura de Cuba, considerada continente por el propio Colón y no declarada oficialmente isla hasta mil quinientos ocho, en que por orden del rey envió Nicolás de Ovando a Sebastián de Ocampo a bojearla.

* * *

Es tanto más de admirar el conocimiento de Juan de la Cosa de las expediciones de los Cabot, por cuanto en aquellas épocas tuvieron una importancia muy relativa, aun cuando posteriormente sirvieran de base a los que pretendían llegar al Polo Norte.

El afán del hombre para escudriñar el misterio de lo que podría existir en el helado círculo limitado por los témpanos de ambos polos, impulsó a las más arriesgadas travesías. Sin embargo, la primera expedición al Polo Norte, el preferido por los exploradores, ocurrió por pura casualidad, y a pesar de Sebastián Cabot, que fué quien la llevó a término.

El pensamiento esencial de los exploradores de últimos del siglo décimo quinto y de los primeros del siguiente, fué buscar un camino marítimo todo lo breve posible para llegar a la India. Estaba todo por explorar y se carecía de mapas marinos en absoluto. Algunos exploradores se dirigieron por el noroeste, pero la mayoría prefirieron encaminar sus esfuerzos en sentido contrario.

Los famosos Juan y Sebastián Cabot, sub-

vencionados por los ingleses, fueron los primeros en lanzarse a través de los enigmáticos mares septentrionales para hallar la anhelada ruta.

La primera expedición fué rumbo al oeste.

Abordaron en desconocidas tierras, y participando de los errores comunes en aquellos tiempos, sin mapas terrestres que merecieran tal nombre, se figuraron haber arribado a la China.

En realidad acababan de poner la planta en la costa de Labrador, en la América Continental. Si bien es cierto que Colón había arribado a América cinco años antes, a la sazón seguía explorando islas, sin haber pisado tierra firme todavía.

Juan Cabot falleció y prosiguió las expediciones su hijo Sebastián.

Sebastián Cabot se desvió tanto en dirección al norte, que llegó a regiones donde en pleno mes de Julio era día constante. Los témpanos no le permitieron avanzar más, y desistió de explorar en aquellas latitudes.

Sin embargo, el camino para dirigirse hacia el anhelado polo, quedó abierto.

Algunas de las expediciones que siguieron a las de los Cabot se orientarían, con toda seguridad, por el Mapa mundi de Juan de la Cosa, pues aquellos y el gobierno que les subvencionaba mantenían secretas las rutas por la cuenta que les tenía.

¿Cómo logró el nauta montañés, el insigne cartógrafo, enterarse, para anotarlas en su inmortal pergamino? Seguramente por las íntimas amistades con que contaba entre las gentes de mar. Le tenían por un merecido prestigio, y no podían ocultarle nada al maestro.

A la expedición de Sebastián Cabot sucedió, a no tardar, otra dirigida por Sir Hugo Willoghby, formada por tres buques. Dos de éstos con el jefe, se perdieron en las costas laponas. El restante, a las órdenes de Ricardo Chancellor, se extravió por el Mar Blanco y consiguió abordar en el puerto de Arkángel.

Enteróse Chancellor una vez en tierra, de que aquellas regiones formaban parte del Gran Ducado de Moscovia, y decidió ir a Moscou, la capital.

El soberano, Ivan Basilovich, que antes de morir había de tomar el título de zar, le recibió cordialmente y se entablaron las primeras relaciones comerciales entre Rusia y la

Europa occidental, cerradas por tierra por los turcos.

Transcurrieron años, y al quedar los holandeses emancipados de la dominación española, decidieron, para desarrollar su expansión comercial, ampliar los primitivos proyectos de los Cabot y organizaron otra expedición en busca del paso del nordeste. El jefe de la misma fué William Barentz.

Dicha expedición salió en otoño del mil quinientos noventa y seis, navegó por el Mar de Kara, descubrió la Isla de los Osos, en los 74'30 grados de latitud, y más tarde el extensísimo territorio de Spitzberg. Al regresar, los hielos les cerraron el paso, y quedaron bloqueados más allá del Cabo Blanco.

Cubrióse el firmamento, inicióse la noche polar y perduró la misma desde el cuatro de noviembre hasta el catorce de enero.

Aquellos exploradores se vieron envueltos en tinieblas, mientras el frío descendía a temperaturas inverosímiles.

Desconfiaban de salir con vida de la aventura cuando comenzó a ceder el frío, y se inició el deshielo. A mediados del siguiente junio se vieron libres del bloqueo de los hielos.

Fueron socorridos por otra expedición a las órdenes de Cornelio Rip, pero Barentz falleció al poco tiempo, de resultas de las penalidades sufridas.

Transcurrieron tres siglos, y después de múltiples exploraciones, en una realizada en mil ochocientos setenta y uno, fué hallada la cabaña construída por Barentz y sus compañeros en el mismo estado que éstos la habían dejado. Sobre una tosca mesa había varios libros, entre ellos uno abierto, cual si se acabase de interrumpir la lectura, referente a una descripción de la China.

Con todo, los expedicionarios no conseguían llegar al Polo Norte, y en mil ochocientos noventa y siete, Andréé, Frankel y Stringberg, decidieron aventurarse a la travesía en globo.

Era un verdadero acto de heroísmo en holocausto de la ciencia, una loca temeridad, pues aún no se había descubierto la manera de dar dirección a los globos, y, por consiguiente, sería lo más probable que, impulsado el aerostato por el capricho de los vientos, descendiera en algún paraje del que fuese imposible regresar ni pedir auxilio alguno.

Así ocurrió en efecto. No regresaron los expedicionarios, y durante treinta y tres años se ignoró lo que había sido de los mismos.

Sólo un azar, el factor que tantos enigmas descifra, consiguió revelar éste.

La "Sociedad noruega de Exploradores polares" acordó enviar una misión científica a las costas de la Tierra de Francisco José. El día veintiséis de julio de mil novecientos treín-

ta, salió la expedición del puerto de Alesund en el buque *Bradvoag*.

Un mes después abordaron en la Isla Blanca, y merced a la benignidad del tiempo, cosa excepcional en aquellos lugares, consiguieron los expedicionarios desembarcar.

Al día siguiente de la arribada, el capitán Eliarsen, uno de los expedicionarios, se alejó para una corta excursión, y al regresar junto a sus compañeros les comunicó una sensacional noticia.

Había descubierto el campamento de Andrée, y para demostrarlo les enseñó el diario de la expedición, hallado sobre los hielos.

Marcharon todos al sitio expresado, y presenciaron un cuadro desolador. Tendidos en un acantilado, yacían los restos de un cuerpo medio devorado por los osos y momificado por el frío. En los restos del traje que como harapos estaban pegados a aquellos huesos, se distinguía aún, una A bordada.

A cierta distancia, debajo de un montón de piedras medio deshecho, había otro cadáver.

Cuidadosamente recogidos los tristes despojos, fueron trasladados al buque y conducidos a Trömso.

Posteriormente se completaron las investigaciones en otra expedición y se hallaron, con el cadáver del tercer compañero de Andrée, casi intacto, tendido y con un brazo plegado

debajo de la nuca, todos los objetos que les habían pertenecido: restos del aerostato, libros de notas, instrumentos científicos, y un ajuar portátil, en el cual figuraba un hornillo de petróleo, lleno todavía.

Aquellos desdichados habían muerto de frío, pues nada acusaba expoliación ni asesinato.

* * *

Juan de la Cosa fué de la misma madera de los heroes que sin vacilar emprendían expediciones al Polo Norte, luchando con todos los riesgos de la Naturaleza, pero tenía sobre los mismos la ventaja de que en sus expediciones, por sus conocimientos náuticos, *sabía que volvería*. Era la personificación del valor reposado en maridaje con el cálculo científico. Seguramente fué el marino menos empírico de cuantos a la sazón cruzaron el Océano.

A diferencia de los hermanos Pinzón — dice Cesáreo Fernández Duro—, asociados con toda probabilidad con el caudillo que había capitulado en Santa Fe el viaje, contribuyendo a los gastos del armamento, La Cosa no tuvo otro carácter que el de maestro que acepta y suscribe contrata de fletamento, acreditándolo

la circunstancia de conservar a bordo la tripulación ordinaria de cántabros o “vizcaínos” y aún la de remunerarle los reyes por la pérdida de la nao. De cualquier modo, iban capitán y marineros voluntariamente a la jornada sin más aliciente que el estipendio, que es de suponer fuera alzado atendiendo a las circunstancias no comunes, pero que da a entender buenamente que *no presumían dar la vela para el otro mundo*; es decir, como hombres de mar familiarizados con los peligros, por cuya costumbre y educación no se clasifican en ninguna nación ni tiempo entre los asustadizos.

* * *

Este varón ilustre, hoy por desdicha olvidado inmerecidamente como tantos otros, fué en sus tiempos estimado en su justo valor. La noticia de su muerte causó hondísima pena en España. El propio rey mandó que no se tocase en los indios del repartimiento en la Española para que los disfrutara la viuda con pensión de cuarenta y cinco mil maravedises al año sobre la Casa de Contratación de Sevilla. Tributáronsele honras y elogios que recogieron y narraron historiadores como Fernández de

Oviedo, López Gomara, Fr. Pedro Simón, Herrera, Muñoz, etcétera.

En realidad fué un marino que rayó a la misma altura de Colón, y quien sabe si en el primer viaje, a él corresponde el verdadero mérito, pero sea como sea, es uno de los soles de primera magnitud que brillan en la radiante constelación de los descubridores españoles.

LOS GRANDES HECHOS DE LOS GRANDES HOMBRES

Hechos y acontecimientos de los grandes hombres que la fama inmortalizó y a quienes las generaciones rinden culto.

Narraciones amenas y sugestivas, llenas de emoción.

TOMOS PUBLICADOS

Cristóbal Colón. Su vida y viajes.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

El Gran Capitán.

Juan Sebastián El Cano.

El Cardenal Cisneros. Su vida.

Julio César.

Hernando de Magallanes.

Fray Luis de León.

Miguel Ángel.

Francisco de Goya.

Calderón de la Barca y sus Autos.

Benjamín Franklin.

Miguel Servet.

Jorge Washington.

El Duque de Alba.

Don Juan de Austria.

Miguel de Cervantes.

Leonardo de Vinci.

Carlomagno.

Alejandro Magno.

Luis de Beethoven.

Ricardo Wagner.

Simón Bolívar.

Francisco de Quevedo.

Horace Nelson.

Enrique Stanley.

Séneca.

Vasco Núñez de Balboa.

Pericles.

Gutenberg.

Arquímedes.

Ponce de León, descubridor de la Florida.

El General San Martín.

Thomas Alva Edison.

El Capitán Cook.

Federico el Grande.

Napoleón Bonaparte

Lope de Vega.

Nueve espléndidas ilustraciones en colores enriquecen de las 136 a 180 páginas de lectura de cada tomo; tamaño 17 1/2 x 12 encuadrado en tela lujosamente, Ptas. 3

PAGINAS BRILLANTES DE LA HISTORIA

Narraciones de los hechos más salientes y trascendentales de la Historia, expuestos en forma interesantísima, llena de encantos y bellezas.

TOMOS PUBLICADOS

Historia de las Cruzadas.	Los Incas.
Francisco de Pizarro.	Sagunto.
Hernán Cortés.	Numancia.
Isabel la Católica.	Los comuneros de Castilla
Raimundo Lulio.	Sócrates.
Jerusalén libertada.	Los Almogávares.
Juana de Arco.	Los Vikings.
Los héroes de Trafalgar.	Ambrosio Paré.
María Estuardo.	Alarico.
María Antonieta.	Ricardo Corazón de León
Don Alvaro de Luna.	Cromwell
Almanzor.	Juan de la Cosa
Ali-Bey.	Aristóteles
Teresa de Jesús.	Demóstenes.
Alfonso X el Sabio.	

Cada tomo encuadernado sólidamente en tela, tamaño 17 $\frac{1}{2}$ × 12 cubierta dorada, cortes jaspeados y nueve lindas láminas en tricolor y guión

Pesetas 3.

